

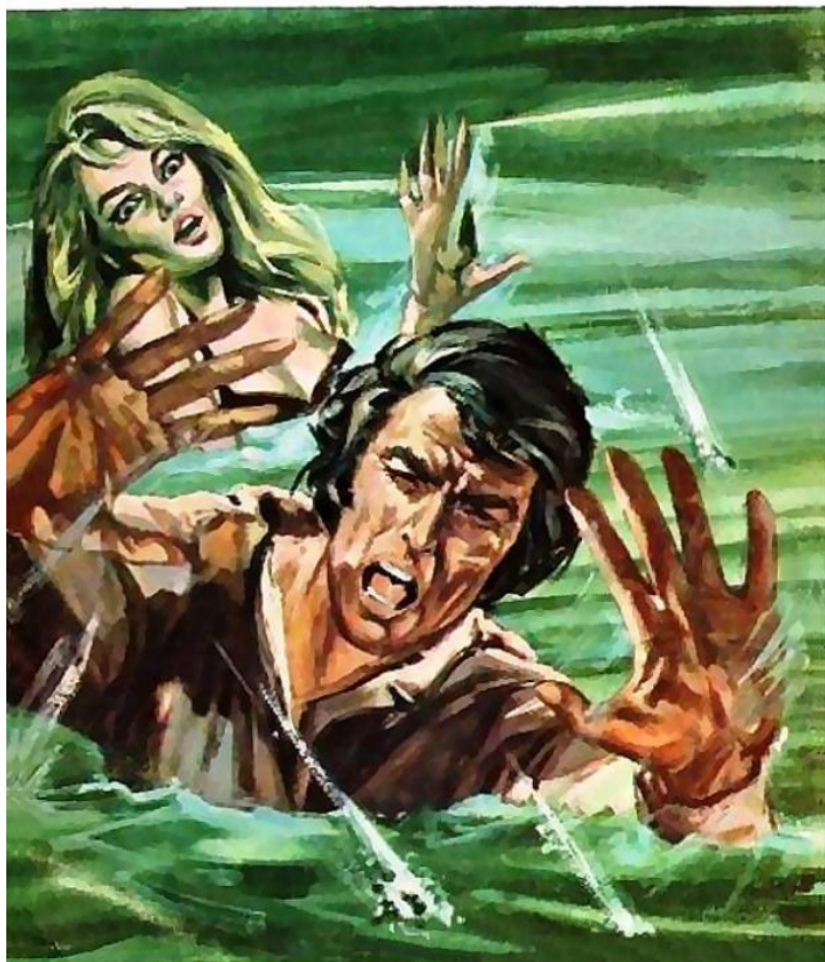
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

# ¡ márame un poco despacio !

**CLARK CARRADOS**





# SS

## SERVICIO SECRETO







**CLARK CARRADOS**

# **¡MÁTAME UN POCO DESPACIO!**

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.327

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO





ISBN 84-02-02513-7  
Depósito legal: B. 45.260 -1975  
Impreso en España - Printed in Spain

1.<sup>a</sup> edición: enero, 1976

© Clark Carrados - 1976  
Texto

© Miguel García - 1976  
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de EDITORIAL BRUGUERA. S. A.  
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen  
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son  
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por  
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades  
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976





**OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BISONTE SERIE ROJA;  
1.461 - Niño de hierro.
- En Colección SERVICIO SECRETO;  
1.325 - Un muerto caprichoso.
- En Colección BÚFALO SERIE ROJA;  
1.058 - Sed de oro, sed de sangre.
- En Colección CALIFORNIA:  
812 - Abogado de revólver.
- En Colección KANSAS:  
717 - Tumba para un hombre malo.
- En Colección BRAVO OESTE;  
526 - Clave para el asesino.
- En Colección SALVAJE TEXAS;  
818 - El fin de la cuenta.
- En Colección ASES DEL OESTE;  
635 - Las siete chicas de oro.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL;  
138 - Contratados para morir.
- En Colección BÚFALO SERIE AZUL;  
66 - Destinos ardientes.
- En Colección PUNTO ROJO;  
713 - 24.000 billetes.



## CAPÍTULO PRIMERO

Algunos le llamaban Ariete; otros. Gorila; muchos, El Feo, y no faltaba quienes le llamaban cosas impublicables. El nombre auténtico era Gregor Wallace Lane, por lo que había muchos que le llamaban Greg, si bien la mayoría empleaban el apodo que le había dado una ardiente panameña: Toro. Por su acometividad, claro. Pero a él le gustaba, y lo mismo le daba usarlo en español que en su idioma nativo, el inglés. Por tanto, muchos le llamaban Bull.

La primera impresión que la gente sacaba de Greg Lane era la de hallarse frente a algún monstruo salido de la imaginación de un Frankenstein de pacotilla. Siendo adolescente, le habían partido la ceja izquierda con el canto de una tabla, y allí estaba la cicatriz, dividiendo el vello del arco superciliar. Aún había un par de cicatrices más, lo que no contribuía a mejorar el aspecto de su cara casi cuadrada.

Y luego estaba el tipo. No era muy alto, poco más de metro setenta, pero los hombros le hacían parecer casi cuadrado. En cambio, no era demasiado velludo, porque habría aparecido horrible en traje de baño. La eventual ascendencia simiesca de Lane quedaba, pues, desvirtuada por este pequeño detalle. Claro que no eran amigos quienes le llamaban «hijo de mona».

Con todo lo feo que parecía, las mujeres, en cuanto llevaban diez minutos a su lado, se sentían tan fascinadas como un débil pajarillo ante una serpiente, los amigos que lo eran de veras, sabían que podían contar, en cualquier circunstancia, con Bull Lane.

Esos amigos sabían que, bajo las apariencias a primera vista repelente, y dejando de lado su tremenda fuerza física, latía un corazón sensible y funcionaba un cerebro de primerísima clase. El título de doctor en Leyes no era un mero adorno en el despacho de Lane. Algunas de sus intervenciones en el foro se habían hecho famosas. Las tesis del fiscal habían quedado tan inservibles como el

envoltorio de un helado. Pero el acusado se merecía su defensa o no habría aceptado luchar ante el tribunal.

Muchos que le conocían, se felicitaban de que no fuese fiscal. Un tipo como Lane, en plan acusador, habría vaciado la ciudad de maleantes. Ya quiso serlo una vez, pero las elecciones fueron ganadas por un tipo alto, guapo, rubio, de ojos azules y con la figura de un Apolo, que se llevó de calle todos los votos de la elección. La ciudad salió perdiendo, porque los hampones y demás ralea se escabullían de la ley, como la arena se desliza entre los dedos de la mano.

Entonces, Lane se dedicó a asuntos propios. Algunos de ellos, incluso, de aspecto detectivesco.

Así estaban las cosas cuando cierto día, de principios de mayo, recibió una llamada telefónica, muy escueta:

—Van a visitarle. No acepte el caso.

—¿Qué? —saltó Lane en su asiento.

—Ya lo ha oído. Adiós.

Sonó el «clic» característico del corte de la comunicación. Lane contempló, perplejo, el aparato que aún tenía en la mano. Con todo cuidado, lo dejó sobre la horquilla. Si hubiera dado rienda suelta a su cólera, el teléfono habría quedado reducido a polvillo.

A los pocos minutos, sonó de nuevo el teléfono. Lane se lo llevó a la oreja y pronunció su nombre.

—Hola, Bull. —Sonó una voz algo chillona—. Soy Vandelaert. ¿Me recuerdas?

Lane rió suavemente.

—Le recuerdo, profesor —contestó.

—Te necesito, Bull. En cuanto puedas, ven a verme al 610 de Humptington Road. Porque te suspendiera en ciencias, en la Secundaria, no te vas a enojar ahora.

—Profesor, eso ocurrió hace quince años —rió Lane—. Y no soy rencoroso, lo que sucede es que, para mí, la química es chino, Con perdón.

—Sí, lo sé. En cambio, las leyes y otras cosas se te dan muy bien. Aún me acuerdo de los ratos que pasamos en el Juanita, de Colón. ¡Qué tiempos, muchacho, qué tiempos! Por cierto, ¿has vuelto a ver a la hermana de Juanita?

—Profe, eso ocurrió hace nueve años. ¿O fueran diez?

—Sí, claro, detrás de Juanita vinieron Lilian, y Martha, y Lena, y Ruth, y Binnie... y tantas más... Bien procura venir lo antes posible.

—Está bien, profesor. Estoy esperando una visita. Iré en cuanto la despache.

Lane volvió el teléfono a su sitio. Sí, en medio de todo, la temporada en Panamá había sido estupenda, pese a todos los trabajos duros y hasta horribles que hubo de realizar allí. Pero entonces tenía veinte años y un optimismo juvenil, que no se había apagado aún con los avatares de una vida en la que había visto demasiadas suciedades, como para no sentirse escéptico ante todo y ante todos.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Ahí está —dijo.

La secretaria se hallaba fuera temporalmente. Lane estaba solo en su oficina, pero si su secretaria tardaba demasiado, no tendría otro remedio que sustituirla. Al abrir la puerta del departamento, abrió también la boca.

Ella, en cambio, arrugó la nariz.

—Busco al señor Lane —dijo Arthemis Gayphord.

—Soy yo, señora.

—Señorita —corrigió ella. Y dio su nombre—. Tengo que hablar con usted urgentemente.

Lane se apartó a un lado, mientras contemplaba a su hermosa visitante. Arthemis Gayphord era muy alta tanto como él, o quizá más, y eso sin tacón alto en los zapatos. El pelo era de un suave color dorado y los ojos le parecieron que tenían el color de la miel. Como era tan alta, daba la sensación de ser un alambre vestido con ropas de mujer, caras y elegantes, por supuesto, pero era sólo una sensación aparente. Debajo de aquel elegantísimo modelito se apreciaban una serie de curvas netamente femeninas, sin exuberancias antiestéticas, aunque con los contornos suficientes para crear un espectáculo de indudable atractivo.

—Siéntese, señorita Gayphord —invitó él.

Arthemis lo hizo, frente a la mesa de trabajo. ¿Quién diablos había tenido la idea de enviarle a aquel Cuasimodo?, se preguntó.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil, mirándole fijamente, con el bolso sobre las rodillas.

De pronto, se puso en pie.

—Lo siento, señor Lane. Disculpe las molestias... pero no tengo nada que decirle —manifestó.

Lane arqueó las cejas.

—Le parezco un simio —dijo.

Arthemis se puso colorada.

—Es que... no tiene importancia —contestó, algo turbada—. Adiós, señor Lane.

Dio media vuelta y salió, en busca de la puerta. Pero ¿cómo no le habían dicho antes la clase de tipo que era aquél, al parecer, famoso abogado y renombrado investigador?

Pegó un portazo. Lane se encogió de hombros.

—Si ella era el caso que me habían anunciado, no hará falta que lo rechace —murmuró.

Por supuesto, no lo hubiera rechazado, pero ya que ella se había marchado sin exponer mínimamente los motivos de su frustrada visita, no iba a molestarse en seguirla y suplicarle que volviera. Sus razones tendría, cuando había desistido de encargarle algún asunto.

Una cosa era cierta; se trataba de una mujer orgullosa. Tanto como su padre, Gayphord originariamente, quien, por presumido, había cambiado la «f» primitiva del apellido por una «ph» que si sonaba lo mismo, resultaba más elegante y distinguido en la letra impresa. Ciertamente, el potentado señor Gayphord no gozaba de demasiadas simpatías en determinados ambientes, a causa de los procedimientos no muy éticos con que, en ocasiones, había incrementado su fortuna. La hija, al parecer, había heredado su carácter.

Lane se dirigió a la calle. Tanto por conveniencias de la profesión, como por gusto personal, vivía en un barrio residencial. Las casas solían ser de una o dos plantas, todas ellas rodeadas de su correspondiente jardín, y la separación entre cada propiedad era bastante grande.

Cuando llegó a la calle, vio a Artemis protestando de algo que no le gustaba ante dos sujetos, que parecían encontrar muy risibles sus palabras de protesta.

Los individuos le resultaban desconocidos a Lane. Uno de ellos tenía en la palma de la mano derecha lo que parecían las llaves de un coche. Detrás del de Artemis, un descapotable rojo, había otro de aspecto normal y color gris oscuro. El coche de Lane estaba un

poco más atrás.

—Aquí, señorita —dijo uno de los tipos—. Éste es su vehículo.

—Ustedes quieren secuestrarme —exclamó Arthemis.

—No, señorita. Usted se ha negado a entrevistarse con cierta persona. Esa persona quiere hablar con la hija del señor Gayphord. Nosotros pretendemos llevarle a presencia del hombre que desea conversar con usted, eso es todo.

—No iré —dijo ella con firme acento.

El otro sujeto avanzó hacia la joven, y agarró su brazo.

—Irás. —Gruñó, con torvo acento.

Lane decidió que era hora de intervenir.

—Ella no quiere ir —dijo apaciblemente.

Los dos sujetos se volvieron en el acto. El que tenía las llaves del coche rompió a reír.

—Miren el gorila este...

Ya no dijo más. Un puño se disparó repentinamente. Lane no puso demasiada fuerza en el empeño: no quería romperle el cuello al sujeto. Pero éste retrocedió a la carrera, chocó contra el automóvil y rebotó, para caer de bruces. Las llaves tintinearón contra el asfalto.

El otro se arrojó contra Lane, vomitando maldiciones. Era un tipo membrudo, curtido en toda clase de peleas. Lane avanzó hacia él, y le empujó hacia el coche.

—Abra la portezuela, señorita Gayphord —dijo.

Ella obedeció. Lane sujetaba al hampón con la mano izquierda. El cristal de la ventanilla estaba bajado. Lane agarró la puerta por el marco y pegó un tremendo tirón.

Se oyó un enorme crujido. La puerta resultó arrancada de sus goznes. Arthemis contemplaba la escena con ojos de pasmo.

La portezuela fue a parar a diez metros de distancia. Sin dejar de sujetar al individuo, Lane alargó la mano de nuevo y arrancó el volante.

El hampón estaba pálido como un difunto. Pero Lane no había dado por terminada su tarea.

Soltando a su prisionero, le rozó el estómago con la mano derecha. El hombre cayó de rodillas, con las manos en la cintura.

Lane pareció convertirse en un torbellino durante unos segundos. Arthemis creía soñar.

Las tres portezuelas restantes fueron arrancadas poco menos que en otros tantos segundos. Lo que quedaba del volante cayó a la acera. Los asientos salieron también. Lane alzó la tapa del motor y empujó hacia abajo con todas sus fuerzas. El motor cayó al suelo. Luego, golpeó el parabrisas con el codo derecho. El cristal saltó, hecho polvillo blanco.

Faltaban las ruedas. Dos patadas torcieron las delanteras. La segunda patada, además, reventó un neumático.

Al terminar su obra, Lane se inclinó y devolvió las llaves a su atónita propietaria.

—Puede irse, señorita Gayphord —dijo.

Arthemis observó que el abogado parecía completamente normal, sin apenas alteración en su ritmo respiratorio. Únicamente tenía las manos manchadas, pero se las limpió con la tela de una chaqueta, que arrancó a su inconsciente dueño de un tirón.

De pronto, Artemis reaccionó.

—¡Señor Lane!

Él se volvió.

—Diga, señorita...

—Tengo que hablarle, ahora me doy cuenta de que cometí un error al marcharme, Es urgente, se lo ruego.

—Lo siento —contestó él, con frialdad—. Su tiempo se ha pasado. Un compromiso anterior, que no puedo eludir, me impide atenderla. Ha sido un placer, señorita Gayphord.

Arthemis no se sintió con fuerzas para protestar. Vio que el sansonesco abogado entraba en su coche, y lo hacía arrancar como un bólido en un premio de Fórmula 1.

Luego miró a los cuerpos de los hampones, que ya empezaban a rebullir. Contempló el automóvil desguazado, y se echó a reír incontinentemente.

Todavía reía cuando se alejó de aquel lugar en su coche.

## CAPÍTULO II

La residencia del profesor Vandelaert se hallaba en las afueras de la ciudad, pero en el extremo opuesto. Tratábase de una casa aislada, protegida por una alta valla de alambre de espino, que coronaba la tapia que circundaba el extenso jardín, Lane vio aisladores en el alambre y se imaginó que el sujeto que quisiera pasar sin permiso, se llevaría un buen susto cuando la descarga eléctrica lo tirase de espaldas al suelo.

Llamó al timbre que había junto a la verja de entrada. Una voz de mujer quiso conocer su identidad Cuando la supo, dijo:

—Ah, señor Lane... Tengo una carta, para usted. Ahora mismo se la entregaré. El profesor ha tenido que salir urgentemente y no ha podido quedarse a esperarle.

—Está bien, señora Dillon —contestó Lane.

La señora Dillon era el ama de llaves del profesor, y le había hablado por el teléfono interior. Momentos después, se hizo visible en el jardín.

Lane tomó la carta. Ella le invitó a pasar.

—No es necesario —contestó el abogado—. Puesto que el profesor ha salido...

—En ese caso, dispénseme; tengo trabajo en casa.

La señora Dillon se alejó. Lane rasgó el sobre.

La carta decía:

»Querido Bull:

»No puedo ser demasiado explícito en estos momentos. Mi ayudante Dude Brookes ha desaparecido, llevándose la que yo denomino fórmula D. T. Cuando nos veamos, te explicaré en qué consiste, si bien ahora puedo anticiparte que se trata de algo muy peligroso. Nunca creí que Brookes me traicionase, pero está visto

que la naturaleza humana es más compleja de lo que uno estima a primera vista.

»Brookes reside en el 854 de la calle Robertson. Recobra la fórmula y dale de mi parte un buen papirotazo en la nariz. Ese papirotazo equivaldrá a un directo de Cassius Clay,

»Saludos, R. L. Vandelaert».

Lane sonrió. En medio de todo, el buen profesor no carecía de sentido del humor. Pero le estaba agradecido por algunos consejos que le había dado durante su estancia en Colón, años antes. Y sabía que Vandelaert podía ser un tipo chiflado, como muchos científicos, pero su decencia estaba fuera de toda duda.

Volvió al coche. Lo primero que hizo fue dirigirse a la calle Robertson.

Cuando entraba en el número 854, se cruzó con un tipo alto, delgado, de rostro fúnebre, que vestía ropas oscuras y era portador de una cartera de mano tipo ejecutivo. El rostro del sujeto le pareció vagamente conocido, pero no le prestó demasiada atención.

Preguntó al conserje el piso en que vivía Brookes. Una vez conocido el dato, se metió en el ascensor.

Momentos después, llamó a la puerta. Nadie le contestó.

Insistió.

Continuaba el silencio. Tanteó el pomo.

La puerta no estaba cerrada con llave. Abrió.

Unos segundos más tarde, comprendía los motivos del silencio de Brookes.

La bala que tenía en el cerebro, y que había entrado por encima de la ceja izquierda, le impedía hablar.

Una vez se hubo convencido de que Brookes estaba muerto, adquirió igualmente la convicción de que ya no encontraría la fórmula D. X. El asesino había revuelto la casa espantosamente.

Era de suponer que se hubiese llevado la fórmula consigo.

De pronto, maldijo entre dientes.

Como un chispazo en su conturbado cerebro, acababa de recordar la identidad del tipo con el que se había cruzado al entrar en el edificio. En aquel momento, supo que había tenido al asesino en las manos y lo había dejado escapar.

Se llamaba Jesse Larys. Además de implacable, era muy

escurridizo.

El profesor no había vuelto a su casa todavía, cuando llamó por teléfono. Lane dijo a la señora Dillon que llamaría a la noche, pero no le dio más detalles. En cuanto la policía, a la que había avisado, le dejó libre, emprendió la búsqueda del asesino de Brookes.

Sabía que era muy difícil localizarlo, pero no desesperaba. Cuando llegaba la ocasión, era tenaz hasta la desesperación de sus enemigos.

Al atardecer, entró en una elegante cafetería, donde sabía podía encontrar a la persona que tal vez podría darle informes de Larys.

La persona a la que buscaba se llamaba Cynthia Regan, tenía tremía y dos años, pelo negro y ojos de fuego. Lane se acercó a la barra y preguntó por ella.

—Debe de estar en su despacho —respondió el consultado.

—Llámela por el interfono. Soy Lane.

—Sí, señor.

Lane esperó unos segundos, sin percatarse de que había un par de ojos que le contemplaban desde uno de los rincones situados al fondo de la sala. Arthemis Gayphord estaba hablando con un hombre, pero su atención se desvió inmediatamente al ver a Lane.

El camarero obtuvo la respuesta a los pocos instantes.

—La señora Regan le aguarda, señor —dijo.

—Gracias, chico.

Lane echó a andar. Arthemis bajó la cabeza; no quería ser vista por el abogado.

Instantes después, lo vio pasar casi por su lado. Lane tocó con los nudillos en una puerta cercana. Lo que oyó Arthemis a continuación le dejó estupefacta:

—Bull, querido canalla... ¿Por qué me has tenido tan descuidada?

Lane sonrió mientras cerraba, y contempló a la hermosa mujer que tenía ante sí Cynthia poseía una belleza perturbadora, pero también la sangre fría para no dejarse llevar de ciertos impulsos... excepto cuando tenía a Lane delante.

—Trabajo mucho, nena —se disculpó él.

—¿Las veinticuatro horas del día? —preguntó Cynthia maliciosa, mientras llenaba dos copas.

—A veces, querida.

—También hoy.

—Depende.

—¿De qué, Bull?

—De los informes que puedas darme.

Ella se le acercó, con las copas en las manos.

—Tendrás que pagar —dijo, insinuante.

—Con mucho gusto.

Lane bebió un sorbo. Luego dejó la copa a un lado. La cintura de la mujer era mucho más atractiva.

—Se llama Jesse Larys —dijo.

Cynthia dejó de sonreír en el acto.

—El Guadaña —murmuró.

—No sabía que le dieran ese apodo —comentó Lane.

—Es una reducción del apodo completo, La Guadaña Andante.

—La muerte.

—Sí, Bull. ¿A quién se ha cargado?

—¿No has leído aún los diarios de la tarde?

—Soy analfabeta —dijo Cynthia maliciosamente.

Lane rió con suavidad y acentuó levemente la presión de sus brazos.

Buscó la boca de la mujer. Ella correspondió, cálida, ardorosamente.

De pronto, se abrió la puerta.

Lane se volvió como un gato, con un revólver ya en la mano derecha. Artemis Gayphord respingó.

—Cuidado —dijo.

—Otra vez, llame antes de entrar —dijo Lane malhumoradamente.

—Dispensen, creí que eran los lavabos...

La puerta se cerró. Lane y Cynthia quedaron nuevamente solos.

—Esa chica sí que es analfabeta —comentó Cynthia, despectiva —. ¿Es que no ha visto el rótulo de «Privado»?

—No es analfabeta, es curiosa.

Ella le miró, intrigada.

—La conoces. —Adivinó.

—Se llama Artemis Gayphord. Esta mañana vino a verme, y se marchó apenas cruzó la puerta. No sé qué diablos quería. Ni me importa, te lo aseguro.

—Es hermosa.

—Menos que tú —sonrió Lane.

—Adulador.

—Voy a probártelo.

Cynthia quedó muy contenta de la prueba. Después, a una pregunta de su visitante, contestó:

—Creo que es independiente. Se muda con frecuencia de domicilio, imagínate los motivos. Pero quizá Tom Patterson pueda darte más datos. No le digas que vas de mi parte.

—Lo haré así Cynthia, dime, ¿han vuelto a molestarte?

Ella se mordió los labios.

—Cuatrocientos semanales —respondió—. Pero no vayas a verle; me amenazaron con el vitriolo...

—Cynthia, si hay algo que me repugna especialmente son las cosas que hacen los tipos como Charlie Howard. ¿Es que ya no te acuerdas de que mataron a tu esposo?

—Sí, pero... a veces siento mucho miedo. Howard es terrible.

—Yo arreglaré este asunto, descuida. De modo que Tom Patterson.

—El mismo.

Lane la besó suavemente en los labios.

—Tendrás noticias mías —dijo.

—Me gustaría tenerlas hoy mismo. A las diez de la noche, por ejemplo.

El visitante rió ternemente.

—¡Quién sabe! —contestó.

El profesor Vandelaert no había regresado a su casa e las nueve de la noche. Lane empezó a preocuparse por su amigo.

Pero se había producido un asesinato y los motivos, aunque aparentemente claros, estaban muy oscuros. Lane quería encontrar al Guadaña. Larys hablaría.

Seguro.

Tom Patterson regentaba un cafetín de buena apariencia, pero que, en realidad, era punto de cita y reunión de muchos hampones. Cuando llegó, Patterson hablaba con una mujer de unos treinta y cuatro años, rubia teñida y ya un tanto ajada.

—Largo —decía Patterson en aquellos momentos.

—Pero, Tom...

La mano de Patterson chasqueó en la mejilla femenina. Ella se tambaleó. Hubiera caído al suelo de no haber sido por los brazos del recién llegado.

Después de apartar a la mujer a un lado, Lane alargó la mano derecha y pellizcó la nariz de Patterson. Apretó. Tenía mucha fuerza. Patterson saltó ridículamente, mientras chillaba como un energúmeno.

La mujer empezó a reír. Lane empujó hacia atrás a su prisionero, sin soltarle la nariz. Patterson rugía.

Un tipo se levantó de una mesa y se acercó a los dos hombres.

—Suéltelo —ordenó.

Sin mirarlo siquiera, Lane disparó el puño izquierdo. El contestatario se desplomó fulminado.

Los demás clientes se quedaron estupefactos ante aquella demostración de fuerza. Lane condujo a Patterson hasta su despacho y lo disparó contra la pared situada frente a la puerta.

El individuo se sentó, muy desmadejado, sangrando copiosamente por la nariz.

Lloraba.

—Pero ¿qué le he hecho yo? —gimió.

Lane se inclinó hacia él.

—¿Dónde vive el Guadaña? —preguntó.

—No sé...

Lane se irguió. Miró a derecha e izquierda. Sobre una mesa se veía el teléfono y *un* grueso tomo del listín.

Dos manos se apoderaron del libro, y lo partieron por la mitad. Patterson contemplaba la escena con ojos desorbitados por el terror.

A continuación, Lane cogió el teléfono, colocándolo entre las dos manos. Hizo presión en sentido opuesto y el aparato se convirtió en un montoncito de minúsculos fragmentos, que Lane dejó caer sobre el aterrado Patterson.

—Puedo hacer lo mismo con una de tus manos, con un pie, con tus costillas... o con tu cabeza... —dijo tétricamente.

Patterson tragó saliva.

—Sólo sé... su teléfono...

—¿Te lo ha dado para que le transmitas ciertos mensajes?

El hombre calló. Lane estimó su silencio como una respuesta afirmativa.

—Muy bien. Dame ese número.

No necesitó escribirlo. Tenía buena memoria.

—Te diré una cosa, Tom —habló a continuación—. No se te ocurra avisar a Larys. Él acabaría contigo de un tiro. Ésa es una muerte rápida. Yo te tendría muriendo una semana entera.

Desde la puerta se volvió, y concluyó:

—Empezaría por los huesos, uno por uno.

Abandonó el local. En la puerta, oyó una voz femenina:

—No tan deprisa, Sansón.

Lane se volvió. Era la mujer a la que Patterson había abofeteado.

—Me llamo Peggy —añadió ella.

—Hola, Peggy.

—Gracias por haberme ayudado. Patterson es el más asqueroso hijo de perra que nadie puede haberse echado a la cara jamás.

—¿Por qué te pegó?

—Yo trabajo. Él quiere una parte de mis ingresos. Le dije que no.

—Ya entiendo. Me alegro de haberte ayudado, pero, si quieres un consejo, Peggy...

—Venga —aceptó ella de inmediato.

—Traslada tu base de operaciones.

Peggy rió agriamente.

—Me estoy haciendo madura. Ya no puedo ir por sitios elegantes. Aparento demasiado lo que soy.

—Ése es un oficio que se puede dejar, Peggy.

—No es tan fácil cómo piensas, Sansón.

—Todo depende de las ganas que tengas de dejarlo. Pero algún día, un borracho te rebanará el pescuezo.

—¡Caray, qué porvenir me pintas! —Se estremeció ella.

—La verdad, Peggy.

—De todos modos, ¿quién daría empleo a una fulana como yo?

—¿Te gustaría dejar esta vida? Contesta solamente sí o no.

—Sí —dijo ella con gran vehemencia—. Pero no sé hacer nada...

Lane escribió algo en una tarjeta de visita y se la entregó.

—Las primeras semanas te resultarán muy duras —profetizó—. Procura soportarlas; ya me doy cuenta de que no te gustará andar fregando suelos y haciendo las camas. Pero aparte de que puedes progresar, te encontrarás mucho más a gusto cuando te pongan en

las manos unos dólares decentes. Ahora, lo que suceda a partir de este momento, depende de ti.

Peggy le miró, conmovida.

—¿Me aceptarán? —dudó.

—No te harán ninguna pregunta. Simplemente, te pondrán a trabajar —contesto él.

De pronto, Peggy se empinó como para besarle.

—Hay tres tipos que te aguardan en el callejón —susurró.

Los ojos de Lane centellearon.

—¿Navajas? —preguntó.

—No, garrotes.

—Espera un momento y verás algo divertido.

Lane echó a andar. A los veinte pasos, asomó un garrote por el callejón cercano.

Peggy contempló la primera fase de la pelea solamente. De pronto, vio que Lane desaparecía en el callejón.

Oyó voces, gruñidos de dolor. Imprecaciones... Súbitamente, un cuerpo salió volando por los aires y resbaló por la acera, hasta llegar a la calzada. Otro entró en la taberna por una ventana lateral, sin necesidad de abrirla. El tercero, aterrado, trató de escapar.

Dos manos, que parecían las... de un gorila, le atraparon por el cuello y los fondillos de los pantalones. El hampón chilló y pataleó. Luego siguió a su compañero a través de la misma ventana.

El primero no había perdido el conocimiento, pero sí el valor. Se levantó y echó a correr como alma que lleva el diablo.

Lane salió del callejón, arreglándose la chaqueta afectadamente.

—No pierdas mi tarjeta, Peggy —se despidió.

Ella movió levemente una mano. Apenas si le quedaban fuerzas para más.

## CAPÍTULO III

En determinadas ocasiones, Lane prefería no molestar a un par de buenos amigos que tenía en la policía. También, cuando la ocasión lo requería, sabía ser inmune al sueño.

Lo primero que hizo, al llegar a su casa, fue poner en marcha el contestador automático de llamadas. En la grabadora había una de Arthemis quien le pedía la telefonease cuanto antes, Lane ignoró el mensaje. No había otro por el momento. La llamada que realmente le interesaba debía proceder de Vandelaert, pero el científico no había dado señales de vida.

Tomó un buen baño y luego, cómodamente vestido, se preparó unos bocadillos, que consumió con la ayuda de una cafetera llena de café. Mientras cenaba, empezó a repasar la guía telefónica.

Tenía bien grabado en la mente el número de Larys, Además, disfrutaba de una visión fotográfica.

Lentamente, las páginas de la guía desfilaron ante sus ojos. Cerca de la una de la madrugada, dio con el número que le interesaba.

Estaba registrado a nombre de una tal Sandra Hallan. Subrayó el número y señaló la página de la guía. Conectó el sistema de alarma, se dio una larga ducha de agua tibia, y ello fue suficiente para relajar su mente y sus músculos. Al cuarto de hora de haberse secado dormía como un tronco.

Despertó pasadas las nueve de la mañana. Desde la misma cama, desconectó el sistema de alarma. Luego empezó a pensar en Sandra Hallan.

Cuando se disponía a salir a la sallé, sonó el teléfono.

—Soy Arthemis Gayphord —dijo una voz femenina.

—Hola —contestó él con acento neutro.

—Tengo que hablar con usted...

—Imposible.

—Escuche, quiero disculparme por mi grosería y al mismo tiempo, agradecerle...

—Está disculpada su grosería, porque una joven hermosa nunca es grosera. Acepto su gratitud. ¿Algo más?

—Sí, necesito hablar con usted desesperadamente...

—Otro rato. Hoy no tengo tiempo. Llame a la noche. Quizá tenga más suerte. Adiós.

Colgó el teléfono y se dirigió hacia la puerta de la casa. Antes de salir, y como ya había tenido un par de encontronazos con algunos hampones, vigiló cuidadosamente la calle.

Todo parecía en orden. Salió subió al coche y se trasladó al domicilio que había hallado en el listín de teléfonos.

Era un barrio vulgar, con bloques de casas que parecían inmensos ladrillos. En uno de aquellos Moques vivía Sandra Hallan.

El portero se embolsó, sin rechistar, el billete de cinco dólares que cambió de mano. Así supo Lane exactamente cuál era el departamento de la señora Hallan. También se enteró de que el tipo alto, delgado y de cara fúnebre sólo había venido a visitarla una vez, pero ya hacía algunas semanas. Desde entonces, no había vuelto por la casa.

Momentos después, llamaba a una puerta de la planta novena. Alguien le escudriñó a través de la mirilla.

—No necesito detergentes, ni cremas para la cara, ni aspiradoras... —dijo Sandra a través de una rendija de un centímetro.

—Quizá necesita cincuenta dólares señora Hallan.

Lane hizo ondear los billetes. La puerta se abrió de inmediato.

—No los necesito, pero los aceptaré —dijo Sandra cínicamente.

Era una mujer de treinta y cinco años, de cuerpo exuberante y pelo rabiosamente teñido. Olía a perfume barato, y la bata que mal velaba su figura necesitaba una urgente reposición.

—¿De qué se trata? —preguntó ella.

—Jesse Larys —dijo Lane.

—Lo siento, no he oído ese nombre jamás.

—¿Puede invitarme a una copa? Cincuenta dólares, creo que me dan derecho a un trago.

Sandra parpadeó insinuantemente.

—Claro —contestó—. Tengo la botella en el dormitorio. Aguarde

un momento, señor...

—Lane. Puede llamarme Bull, si lo prefiere —dijo el visitante.

—Está bien, Bull; ahora traigo la bebida.

Lane miró rápidamente a su alrededor. El teléfono estaba sobre una mesita situada en un rincón, junto a un diván. Lane colocó debajo del diván, pegado a una vigueta de la armazón de madera, una cajita oblonga, del tamaño de un paquete de cigarrillos, con una antena de veinticinco centímetros de largo. Los faldones del diván tapaban holgadamente el aparato. Un par de ventosas servían para mantenerlo a diez centímetros del suelo.

Sandra volvió con la botella, y dos vasos. «Tener que beber a las diez de la mañana. No se lo perdonaré nunca al profesor», pensó.

—De modo que no ha oído hablar nunca de Larys —dijo, mientras Sandra llenaba su vaso.

—No.

—Es más alto que yo, alto, delgado y de cara chupada.

—Ah, bueno, usted se refiere a Jack Stevens. ¿Se hace llamar Larys?

—Eso dicen —contestó Lane—. Bien, ¿dónde está Mark?

—No lo sé. No vive aquí. ¿Quién le ha dicho que vivía en esta casa?

—Un amigo.

—¿Y no me ha telefoneado?

—¿Por qué la iba a telefonear? Es más interesante hablar frente a frente, ¿no le parece?

—Tal vez... Pero Mark no ha vivido aquí nunca. Simplemente, se limita a pagar el piso.

Lane creyó comprender.

—Usted toma los recados y se los da, cuando él la llama. —Adivinó.

—Sí. Tiene negocios muy reservados. Al menos, eso me dijo.

—¿A qué horas suele llamar?

—No tiene horas fijas. A veces, se pasa días enteros sin llamar. Yo tengo que estar aquí continuamente, hasta las seis de la tarde. A partir de esa hora, quedo libre de hacer lo que me da la gana. Por ejemplo, aceptar una invitación tuya para cenar —dijo Sandra, muy insinuante.

—Sigo un régimen. Tengo úlcera de estómago —mintió Lane—.

¿De modo que no sabes dónde vive Mark?

—Si lo supiera, te lo diría, créeme.

Lane se puso en pie.

—Gracias por tu cooperación. No le digas que he estado aquí — se despidió.

—Pero, oye, ¿qué prisa...?

Lane salía ya por la puerta. Sandra miró los billetes, suspiró, se encogió de hombros y se encaminó al baño, tarareando una canción de elevado índice erótico.

En la calle, Lane buscó una cabina y marcó un número. La señora Dillon le dijo que el profesor había vuelto y que estaba en el baño.

—Átele a una pata de la cama, para que no vuelva a escaparse —aconsejó Lane.

Media hora más tarde, Lane estaba frente al profesor Vandelaert. Era un hombre que apenas había doblado el cabo de la cuarentena, un poco más alto que él y de aspecto agradable. Usaba gafas de gruesa montura, pero éstas no eran suficientes para ocultar las profundas ojeras que se advertían en su rostro. Vandelaert estaba almorzando con el apetito de un caníbal, y no pareció sentirse demasiado disgustado al conocer la muerte de su ayudante.

—Me interesa más recobrar la fórmula D. T. —manifestó, con la boca llena de carne y patatas fritas.

—Pero ¿en qué diablos consiste la maldita fórmula? —preguntó Lane.

—Aguarda, deja que termine de almorzar... Tengo un hambre de lobo... —Vandelaert soltó una risita—. Claro que hay momentos en que uno se olvida de comer...

Lane conocía bastante bien al profesor. Vandelaert era un científico que poseía un cerebro privilegiado, pero, soltero, se sentía a veces acometido por ciertos impulsos, y desaparecía un día o dos. Lane se dijo que debía haber pensado en aquella posibilidad.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó.

—Lizzy Beaton... Bull, qué maravilla... qué mujer tan dulce, tan amable, tan comprensible... —Le guiñó un ojo—. Tan suavemente ardorosa...

—Profesor, usted no escarmentará jamás. ¿Le robaron esa fórmula, y se fue a correrla en compañía de la tal Lizzy?

—Ya teníamos el plan hecho y, por otra parte, yo ya no podía evitar el robo. Brookes querría, sin duda, vender la fórmula para conseguir unos cuantos cientos de miles...

—¿Vale mucho?

—No es lo que vale lo que importa, sino sus efectos. ¿Quieres que te haga una demostración?

—Bueno —aceptó Lane, sin mucho entusiasmo.

Vandelaert se limpió los labios y se puso en pie.

—Ven conmigo —dijo.

Lane siguió al científico, quien le condujo a su laboratorio, que ocupaba toda un ala del edificio. Cada vez que entraba en aquella enorme sala, Lane sentía estremecimientos de terror, al contemplar los extraños aparatos que se veían por todas partes.

De pronto, Vandelaert le entregó una caja de forma cúbica, sin tapa, que tenía cosa de cincuenta centímetros de lado.

—Sal al jardín y llénala de tierra, hasta diez centímetros del borde —ordenó—. Puedes echar hierbas, si quieres, y lo mismo te digo de alguna lata vacía, trozos de vidrio... cualquier material, no importa sea orgánico o inorgánico, vegetal o mineral. Si encuentras algún ratoncillo muerto, échalo también. Pero, sobre todo, que el contenido quede a diez centímetros del borde superior.

Profundamente desconcertado, Lane hizo lo que le decían. Al cabo de unos minutos, regresó al laboratorio. Vandelaert le indicó una mesa.

—Deja la caja ahí.

Lane obedeció. Vandelaert se acercó con un frasco metálico en una mano y una especie de cuentagotas, también de metal, en la otra mano. El frasco era muy pequeño; Lane calculó que no podía contener más allá de diez centímetros cúbicos, cualquiera que fuese el líquido que había en su interior.

Del cuentagotas se desprendió una sola gotita, que cayó sobre el centro de la tierra contenida en la caja. A los pocos momentos, Lane, pasmado de asombro, vio que se formaba un charquito de un líquido grisáceo, viscoso, bastante consistente y de un olor nada agradable.

El charquito se ensanchó lentamente. De pronto, Lane sintió deseos de tocar el líquido con la mano, y alargó el índice.

—¡¡No!! —Rugió el profesor.

Lane dio un salto atrás, como si, de repente, viera en la caja a un tigre de Bengala, dispuesto a atacarle.

—¿Qué es eso, profesor? —preguntó.

—Mi fórmula —contestó Vandelaert—. Disolvente Total. ¿Lo entiendes?

Lane asintió, estupefacto.

—Sí, un poco... Disuelve todo...

—Bueno, no es la expresión correcta. Mejor sería decir que provoca disgregación molecular de los cuerpos tanto orgánicos como inorgánicos, Ahora bien, como no es desintegración, como en el caso del átomo, queda un rastro mucho mayor, cosa que podrás apreciar dentro de un cuarto de hora.

—Entonces, sí yo hubiera tocado ese líquido...

—Las moléculas de tu cuerpo habrían empezado a disgregarse, y nada ni nadie habría podido detener ese proceso. Antes de una hora, serías sólo un montón de ropas en un charquito de líquido. Pero las ropas se habrían disgregado igualmente, y luego el suelo y luego la casa y así sucesivamente, hasta que la tierra se hubiese convertido en una bola minúscula de líquido residual.

Lane se sintió anonadado por la revelación que Vandelaert acababa de hacerle. Pero también fue acometido por un tremendo acceso de cólera.

—Entonces, ¿por qué diablos ha ideado usted esa fórmula del diablo, que puede destruir el planeta? —gritó.

—Ven a la sala —dijo Vandelaert, conciliador—. Una vez que te sientas mejor, podré explicártelo todo.

Lane arrojó una mirada rencorosa al contenido de la caja; en la que el proceso de disgregación continuaba de una forma imparable. Luego, echó a andar detrás del científico.

Cuando llegaban a la sala, sonó el timbre de un teléfono.

—Perdona un momento —dijo Vandelaert.

Levantó el aparato, pero el timbre seguía sonando, Entonces, Lane sacó un diminuto transmisor que llevaba en uno de sus bolsillos, y desplegó la antena.

Vandelaert le miró, asombrado. Antes de que pudiera decir nada, oyó una voz de mujer:

—Sandra Hallan.

—¿Dónde estabas, estúpida? Hace media hora que te llamo... —

Sonó la voz de un hombre, evidentemente irritado.

—Perdona, chico, pero estaba en el baño...

—¿He tenido alguna llamada?

—No. Un hombre vino a visitarme. Mark, rayos, parecía un gorila. Preguntó por un tal Larys. Yo le dije que no le conocía.

—¿Parecía un gorila?

—Eso he dicho.

—¿Y preguntó por Larys?

—Sí, Mark.

—Creo que ya sé quién es. No te preocupes, nena, ya le quitaré la curiosidad. Quizá hoy mismo.

—Está bien, Mark.

La conversación terminó. Vandelaert miró, asombrado, el receptor que Lane tenía en la mano.

—Un cacharrito asombroso —observó.

—Menos asombroso que su maldita fórmula D. T. —dijo Lane rencorosamente—. Oiga, si disuelve todo, disolverá también la caja...

Vandelaert le guiñó un ojo.

—Ése es mi secreto, muchacho —contestó—. Provocar la disgregación molecular, pero evitar su propagación.

—Ah, un metal especial...

—Mitad metal, mitad vidrio, pero ambos en varias capas alternas y con la estructura molecular...

Vandelaert se lanzó a una abstrusa disertación científica, de la cual Lane no sacó gran cosa en limpio, salvo que, en las distintas capas que formaban las paredes de la caja, las moléculas se hallaban ordenadas a la manera de los ladrillos de una pared, traslapadas unas en otras y en situación perpendicular las moléculas del metal en relación con las del vidrio, lo que, según Vandelaert, era no sólo sencillísimo de comprender, sino que evitaba que se propagase la disgregación de las moléculas del cuerpo atacado con la fórmula D. T.

—Y esa fórmula es la que le robó Brookes —dijo Lane, mareado, cuando el profesor hubo terminado de hablar.

—Sí, justamente. Y es sencillísima de fabricar. Lo difícil fue elaborar la fórmula, pero con ella en la mano, incluso tú mismo, disponiendo de los ingredientes necesarios, podrías preparar cinco o

diez centímetros de D. T.

—No se me ocurrirá jamás una idea tan tonta. —Gruñó Lane—. Brookes, supongo, se llevaría también alguna muestra del metal especial.

—No.

Durante unos segundos, Lane miró al profesor de hito en hito.

—Así pues, cualquiera puede elaborar el líquido... digamos disolvente —murmuró al cabo de unos segundos.

—Sí, eso es, Bull.

Lane se pegó una palmada en la frente.

—¡Dios nos asista! —exclamó.

## CAPÍTULO IV

La única nota tranquila de todo cuanto había oído Lane fue relativa al tiempo empleado en el proceso de fabricación del D. T. Era relativamente fácil, pero, en frase de Vandelaert, era preciso esperar que «madurasen» las combinaciones de los distintos elementos que entraban en su composición. Algunas de esas combinaciones podían tardar hasta dos y más semanas en completar la reacción que permitiese agregar un nuevo elemento.

Durante todo el tiempo, tuvo conectado el receptor de radio. Una vez captó la conversación de Sandra con un tipo. Estaba llena de detalles escabrosos, que le divirtieron mucho.

Cuando llegó a su casa, se cambió de ropa. Durante un buen rato, actuó con aparente naturalidad. Al hacerse de noche, se sentó en la sala a leer durante unos minutos. Luego se levantó y fue al baño, situado en la parte trasera, en donde ya tenía preparado un jersey negro y pantalones del mismo color. Luego, se dio en la cara un poco de betún negro y, así transformado, salió por la ventana y se arrastró por el jardín, hasta alcanzar el seto de la divisoria posterior.

El barrio en que vivía era tranquilo. La mayoría de la gente estaba ya en sus casas, teniendo en cuenta que no había llegado aún el fin de semana. Pero justo frente a la residencia de Lane había un solar en venta. Sabía que había un par de aspirantes a su propiedad, pero no se había formalizado todavía ninguna operación.

Un cuarto de hora más tarde, estaba en el solar, confundido con el tronco de un añoso roble. Había cuatro o cinco árboles más de la misma clase. Desde allí, podía ver con toda facilidad su propia casa, con la mayoría de las luces encendidas.

Al cabo de un rato, oyó un coche que se detenía a cien metros de distancia. No tardó en percibir los pasos de una persona que se aproximaba con aire normal.

De pronto, el hombre se metió en el solar. Lane le vio situarse detrás de un árbol y arrodillarse, para abrir el maletín que había llevado consigo. Minutos después, el hombre tenía dispuesto un rifle con silenciador y mira telescópica.

Jesse Larys hizo pruebas de puntería. Luego, se dispuso a esperar. De pronto, sintió que dos fuertes manos le apretaban el cuello.

Larys pataleó en silencio, pero todos sus esfuerzos resultaron en vano. A los pocos momentos, había perdido el sentido.

Lane cargó fácilmente con él, pero no se dejó el fusil. Minutos más tarde, entraba en su casa por la puerta posterior.

Entró en la sala. La sorpresa apareció en su rostro. Artemis Gayphord no se sintió menos sorprendida al verle aparecer con un individuo cargado sobre el hombro izquierdo, un rifle en la mano derecha y la cara negra.

—¿Qué hace aquí? —preguntó él.

—Usted dijo que me recibiría a esta hora... ¿Quién es ese individuo? —exclamó Artemis, pasmada.

Lane arrojó al sujeto sobre un diván.

—Si no ha visto nunca, antes de ahora, a un asesino profesional, ahí tiene uno de los mejores ejemplares de la especie —contestó.

Artemis lanzó una exclamación ahogada. Lane corrió las cortinas, y luego descargó el rifle, quitándole incluso la bala que había en la recámara.

—Quiero que investigue un robo —dijo ella, pasados unos instantes.

—¿Cuánto?

—Trescientos mil.

—¿Usa billetes su padre?

—Normalmente, no. En esta ocasión, le pidieron esa cifra en contante. Mi padre accedió.

—¿Chantaje?

—No, financiación de investigaciones científicas.

—Vaya, eso suele hacerse por medio de cheques...

—Pidieron dinero. Mi padre cedió.

—Y les birlaron la «pasta». Pero el señor Gayphord es rico —dijo Lane cáusticamente.

Artemis le miraba, muy sería.

—Señor Lane, esto no es para echarse a reír —dijo—. El mensajero que llevaba el dinero, portaba la cartera con una cadenita atada a su muñeca. Los asaltantes usaron una cizalla.

—Y cortaron la cadena.

—No. Cortaron la mano. El mensajero murió desangrado, por el *shock* sufrido en ese salvaje ataque, que le hizo perder el sentido y le dejó imposibilitado, por tanto, para pedir socorro.

Lane resopló.

—Esto necesita un trago —dijo.

—Ponga dos —pidió Arthemis.

Hubo un momento de silencio. Luego, Lane entregó la copa a su hermosa visitante.

—Alguien le recomendó a mí. Usted, al verme, pensó que era el sobrino de King-Kong, y escapó.

Arthemis se puso colorada.

—Lo siento, no lo pude evitar —se disculpó—. Pero hay mujeres a las que usted les resulta muy agradable.

—Todas —dijo él, impertérrito.

—No es usted modesto —comentó Arthemis.

—En este caso, no. Perdone un momento, ya se despierta mi huésped.

Los ojos de la joven se volvieron hacia el individuo de tétrico rostro.

—¿Por qué le ha traído aquí? —preguntó.

—Se había apostado en el solar de enfrente, para asesinarme. Hace cuarenta y ocho horas, mató a un individuo. Por dinero, claro.

Arthemis se quedó sin respiración. Lane fue a la cocina, y volvió con una jarra de agua, cuyo contenido fue a parar, íntegro, a la cara del asesino profesional.

Jesse Larys gruñó algo, se agitó y acabó por abrir los ojos. Al darse cuenta de su situación, se puso en pie.

Una mano lo lanzó de nuevo contra el diván. Larys lanzó un juramento.

—¿Por qué diablos me ha atado? —preguntó.

Lane sonrió de un modo extraño. Arthemis asistía, muy interesada, a la entrevista.

De pronto, Lane agarró el rifle, sujetándolo por la boca del cañón y la parte correspondiente a la recámara. Alzó la pierna

derecha y empezó a hacer fuerzas.

Arthemis abrió la boca. Lenta pero inexorablemente, el cañón del arma se doblaba por la mitad, hasta quedar formando un ángulo de más de 90°. Los ojos de Larys amenazaban saltarse de las órbitas.

—¿Hablarás ahora? —dijo Lane, a la vez que le lanzaba el arma al pecho—. ¿Te das cuenta de que tus huesos no pueden doblarse, pero que son mucho menos resistentes que el cañón del rifle que tienes en las manos?

Larys tenía la cara completamente gris. Su frente estaba inundada de sudor.

—Tú mataste a Brookes —acusó Lane.

La nuez del asesino subió y bajó espasmódicamente.

—No... no puede probarlo...

—Me interesa menos probarlo que saber quién te pagó por ese crimen —dijo Lane.

—Recibí una llamada...

—La recibió Sandra, querrás decir.

—Sí.

—Y ella tomó nota de una dirección.

Larys asintió.

—¿Has cobrado? —pregunté Lane.

—Sí.

Lane cayó sobre el asesino, y le arrebató la chaqueta, por el simple procedimiento de tirar de las hombreras. La prenda se rasgó por ambos lados, y Lane se la arrojó a Arthemis.

—Regístrela. Saque los billetes y apártelos. Aparte también todos los papeles que pueda encontrar —ordenó.

Arthemis obedeció sin rechistar, impresionada a su pesar por el aire autoritario que se desprendía de la voz del abogado. Al cabo de unos minutos, dijo:

—Hay ochocientos dólares en billetes, varios de ellos completamente nuevos. Los papeles, me parece, no tienen importancia.

—Puede que los billetes nuevos nos den alguna pista —contestó Lane—. Ahora, querías matarme. —Se dirigió a Larys.

—Iniciativa propia.

—¡Qué cínico! —Se horrorizó Arthemis.

—Esta clase de tipos son así. Larys sabe que yo he estado en el

sitio donde toman nota de sus llamadas. Venteó el peligro, y decidió quitarme de en medio.

—¿Qué va a hacer usted con él? —pregunto Arthemis.

—Echarlo de mi casa, naturalmente —respondió él.

—¡Pero es un criminal! ¡Ha admitido que dio muerte a ese tal Brookes...!

—¿Qué jurado lo condenaría sin pruebas, suponiendo que el fiscal pudiera sentarlo en el banquillo de los acusados?

Lane agarró la destrozada chaqueta, y se la tiró a su dueño.

—Largo —ordenó.

Larys, abatido, se marchó. Inmediatamente, Lane apagó las luces. Luego, muy despacio, descorrió un poco las cortinas.

—Venga, chica —llamó a media voz.

Arthemis acudió junto al amplio ventanal. Lane tiró de su mano.

—Arrodílese.

Ella obedeció, aturdida y desconcertada. Larys legaba en aquel momento a la acera.

De repente, un coche arrancó a todo gas.

—No grite —dijo Lane.

Larys oyó el rugido del coche, y se volvió. Giró sobre sí mismo, y echó a correr, en busca de protección.

Las ráfagas de ametralladora fueron mucho más rápidas que él. Lane empujó a la muchacha, y la tiró al suelo.

—Por si nos disparan a nosotros —justificó su acción.

Pero ya no hubo más disparos. Lane se irguió, y miró hacia la calle.

Un cuerpo retorcido yacía sobre el asfalto. La sangre corría en menudos regueros hacia el imbornal de una cloaca.

Lane se puso en pie, y encendió las *luces*.

—Señorita Gayphord, acaba usted de presenciar lo que vulgarmente se conoce por «tapar una boca comprometedora» —dijo.

Ella, muy pálida, se derrumbó sobre un sillón.

—Deme... un trago... —pidió, con voz desmayada.

Lane sonrió.

—Lo necesita —dijo. Y mientras llenaba la copa, añadió—: Usted no ha visto nada, no conoce a Larys y solamente ha oído unos disparos. ¿Ha comprendido lo que debe decir a la policía?

Arthemis hizo un débil gesto de asentimiento.

—Sí... declararé como usted dice... pero ¿nos ayudará?

Lane sonrió.

—Claro, mujer —dijo—. Se va acostumbrando ya a mi cara, ¿eh?

Ella no dijo nada. De pronto, sonó el teléfono.

—Disculpe —murmuró Lane—. Abra mientras tanto, si llamase la policía.

Se acercó al aparato, y lo descolgó.

—Bull, voy a estar unos días fuera —gritó Vandelaert.

—Pero ¿qué hay de su encargo...?

—Sigue adelante. La cosa está fea, pero puedo tomarme estos días de descanso. Ella es fantástica, chico.

—Vaya, se ve que le ha gustado Lizzy Beaton —rió Lane.

Vandelaert lanzó un potente silbido. Lane dejó el aparato sobre la horquilla, y se volvió hacia la joven.

—¿Con quién hablaba usted? —preguntó Arthemis.

—Es un buen amigo, a pesar de que me lleva diez años. Se trata del profesor Vandelaert...

—¡Vandelaert!

—¿Qué pasa? ¿Le conoce usted? —se sorprendió Lane.

—Aguarde un momento. También ha mencionado el nombre de Lizzy Beaton.

—Sí, es una chica que él ha conocido hace poco...

Arthemis puso un codo en el brazo del sillón, y apoyó la cabeza en la mano correspondiente.

—Lo que nos faltaba —dijo—. El profesor Vandelaert... liado con la «chica» de Charlie Howard.

—No entiendo en absoluto. ¿Qué tiene que ver Vandelaert con Lizzy, y ésta con Howard?

—Es bien sencillo. El dinero que robaron a mi padre, era para Vandelaert. Mi padre financiaba sus investigaciones y, lógicamente, quería obtener un beneficio. Howard también quería competir... y tal vez, viendo que le falló el robo, puesto que el profesor, seguramente, se negó a trabajar para él, lanzó a la Beaton para que conquistase a Vandelaert. ¿Qué le pasa a ese hombre? ¿Pierde el seso delante de una mujer más o menos bonita? ¿No sabe distinguir la clase de prójima que es Lizzy Beaton?

Lane sonrió discretamente.

—Señorita Gayphord, Vandelaert es un hombre todavía en la flor de la edad y, además, soltero. De cuando en cuando, se siente acometido por unos impulsos irresistibles, propios del hombre de las cavernas... y se deja llevar por esos impulsos Y por la chica que los provoca, claro.

Arthemis elevó los ojos al cielo.

—Y ese hombre es el que, un día, será postulado para el Nobel de Química —exclamó patéticamente.

—Los premios Nobel se han otorgado siempre a seres humanos, y no a ángeles —contestó Lane—. Pero le voy a hacer una proposición.

—Sí —dijo ella.

—Mañana quiero hacer una visita a Howard. ¿Por qué no me acompaña usted?

Los ojos de Arthemis chispearon.

—Será una buena idea —convino, justo en el instante en que un coche de la policía se detenía frente a la casa.

—Recuerde lo que le he dicho debe declarar —dijo Lane, a la vez que lanzaba el rifle curvado debajo del diván.

El jefe de los policías era el teniente Ryman, buen amigo de Lane. Ryman presintió que su amigo no le decía toda la verdad, y que la hermosa muchacha que estaba en la casa había sido bien instruida por el abogado, pero no demostró enojo.

—Al fin le han dado a Larys su merecido —dijo—. Voy a iniciar una suscripción para levantar un monumento a los que le han «apiolado».

—Contribuiré con cinco centavos —contestó Lane gravemente, a la vez que acompañaba al policía hasta la puerta.

Ryman le guiñó el ojo.

—Buena pieza, ¿eh? —dijo en voz baja, pero no tanto que Arthemis no captase el comentario—. ¿Qué número es: el ochocientos veintisiete o el mil doscientos setenta y uno?

Ryman pegó un codazo a su amigo, lanzó una risita y se marchó.

Arthemis se puso en pie, roja de ira.

—Yo no soy pieza de caza de nadie, y menos, de usted, señor Lane —dijo, furiosa.

—Lo que menos se me ocurriría es cazarla a usted, en el sentido

que ha dicho mi amigo —contestó el abogado.

—No soy la única, ¿verdad? —Arthemis avanzó hacia la puerta —. Todavía tiene tiempo de ir a pasar un rato con la vaca del Red Ball.

Lane rió suavemente.

—A las diez, pasaré a buscarla, para hablar con Howard —dijo.

Arthemis dudó un instante, pero acabó por asentir.

—De todos modos —se despidió—, puede tener la seguridad de que yo no seré para usted un número.

—No, no será un número —admitió Lane, impasible.

## CAPÍTULO V

A las nueve de la mañana, Lane marcó el número de Sandra Hallan. La mujer tardó un poco en contestar y, cuando lo hizo, se notaba su voz pastosa y no por el sueño precisamente.

—Hola... ¿Quién es? —tartajeó.

—Te di cincuenta «pavos» anteayer —dijo Lane.

—¡Bull! ¿Qué pasa? ¿Sucedó algo?

—Han «apiolado» a Mark. Le llenaron el cuerpo de plomo.

—¡Jesús! —exclamó ella, sin poder contenerse.

—Pensé que podría interesarte la noticia...

—¡Espera! —dijo Sandra, de pronto—. Están llamando a la puerta. No te retires, por favor.

Lane esperó unos momentos. De pronto, le pareció escuchar un débil grito.

Entonces, se acercó al receptor de radio y corrió a conectarlo. Un segundo después, oyó que alguien colgaba el teléfono de Sandra.

—Llamaba a la tienda... Necesito café y tocino... —decía ella.

—Ya harás el pedido más tarde. —Sonó una voz de hombre—. Escucha, guapa, aquí tienes cien dólares. A partir de ahora, harás lo mismo que hacías con El Guadaña. ¿Está claro?

—No sé a qué se refiere...

Lane oyó el chasquido de una bofetada, seguido de un grito de dolor.

—Connmigo no te valdrán tonterías —dijo el hombre—. Haz lo que te he dicho, y recibirás cincuenta dólares semanales. Pero si das el «soplo» a alguien, lo que recibirás será unos cuantos proyectiles entre ceja y ceja.

Sonaron unos pasos de hombre. Ahora su voz sonaba junto a la puerta.

—Ya has oído —se despidió secamente.

Lane aguardó unos minutos. Luego, volvió a llamar a Sandra.

—¿Qué aspecto tenía el tipo? —preguntó.

—Llevaba impermeable y grandes gafas de color. También bigote... Las manos estaban enguantadas... El bigote era muy grande, con guías hasta abajo.

—Un disfraz —dijo él.

—No lo sé, pero he pasado un miedo espantoso. ¡Eh! —chilló Sandra—. ¿Cómo sabes que he tenido una visita?

—Veo a través de las paredes —rió él—. No temas, pronto te quitaré esa preocupación. Obedécele, y no te preocupes de más.

Colgó el teléfono, y rogó para que a la obtusa Sandra no se le ocurriese mirar debajo del diván. Por lo que pudiera suceder, se llevó el receptor consigo, aunque no esperaba que nadie llamase tan pronto a Sandra para encargarle un crimen pagado. El tipo de las gafas negras y el bigote, indudablemente un disfraz, tenía que hacer antes «publicidad» de su base de recepción de mensajes.

Un cuarto de hora más tarde, se hallaba ante la lujosa residencia de Arthemis Gayphord. Tocó la bocina y esperó.

Ella apareció a los pocos momentos, ataviada con una espectacular chaquetilla roja, amplios pantalones del mismo color y blusa de color crema. Colgado del hombro izquierdo llevaba un bolso a juego. Su hermosa cabellera estaba rodeada por un gran pañuelo multicolor, atado casi detrás de la cabeza.

—Tengo mi coche —dijo ella, mirando aprensivamente el de Lane.

—Éste es viejo, pero funciona —declaró el abogado—. Yo no puedo permitirme el lujo de un «Rolls» descapotable.

—Es un simple «Mercedes» —contestó Arthemis, a la vez que se acomodaba junto a Lane.

—¿Le parece poco? —rió él, a la vez que arrancaba—. Yo no puedo permitirme esos lujos, muchacha, insisto.

—A juzgar por las minutas que cobra, podría tener dos ejemplares de ambas marcas.

—Soy terriblemente tacaño. Me gusta ahorrar, Invertir... Las inversiones producen intereses; luego invierto los intereses... y así sucesivamente.

—Podría invertir algo en un cirujano plástico, ¿no?

Arthemis se arrepintió inmediatamente de aquella frase mordaz, pero Lane no se inmutó.

—Me gusta la cara que tengo. Si me la cambiase, no llegaría jamás al número mil doscientos setenta y dos.

—¿Está elegida ya?

—¿Quién sabe?

Ella se reclinó en el asiento, y cruzó los brazos.

Desvió la conversación:

—¿Conoce el camino de la residencia de Howard? —inquirió.

Sí.

—Hay algo que no he sabido jamás. ¿Por *qué* invirtió mi padre tanto dinero en las investigaciones del profesor Vandelaert?

—Sí yo fuese el señor Gayphord, no le daría a ese chiflado ni un solo centavo —contestó Lane, para sorpresa de la muchacha.

—¡Pero es su amigo! ¿Cómo puede tratarlo de esa manera?

—Los amigos, ni tampoco los enemigos, tienen derecho a crear monstruos —dijo él.

—¿Cómo? ¿Quiere decir que el profesor ha fabricado un ser humano... como el doctor Frankenstein? —Se aterrorizó la joven.

—Ojalá todo quedase en un ser vivo, hecho con pedazos de otros —respondió Lane amargamente—. Señorita Gayphord, le parecerá broma o quizá un exceso de fantasía, pero lo que el profesor ha hecho es fabricar una sustancia que puede destruir el planeta.

Todavía meditaba la atónita Arthemis sobre las palabras que acababa de escuchar, y que Lane no había querido esclarecer con más explicaciones, cuando llegaron a la residencia de Charlie Howard.

La ciudad había sido edificada tierra adentro, pero el mar no estaba demasiado lejos. Howard tenía su residencia en un lugar denominado South Promontory, una especie de acantilado situado a unos sesenta metros sobre el océano, y que no era tan grande como para contener muchas casas más. Howard había sabido elegir el mejor lugar, era fácil verlo a primera vista.

Un cancerbero uniformado les detuvo a la entrada. Lane dio el nombre de la joven y el suyo propio. El guardián dijo que no sabía si el señor Howard estaba en casa, y que lo iba a consultar por el teléfono interior.

Al cabo de unos instantes, el cancerbero dijo que Howard no estaba en casa.

—Muy bien —murmuró Lane—. Señorita Gayphord, ocupe mi

puesto. Arranque cuando yo haya franqueado el paso.

Ella obedeció, intrigada por la orden. Lane se apeó, y caminó hacia la verja.

El guarda le miró, extrañado.

—Le he dicho que Howard no está —exclamó.

Lane no le hizo caso. Tanteó los hierros de la verja, que era de dos batientes, apoyadas las bisagras en la mampostería de la tapia y, afirmando ambos pies en el suelo, tiró hacia sí.

El guarda sonreía con suficiencia.

—Animo, Sansón —dijo.

De repente, se oyó un tremendo crujido.

La sonrisa del cancerbero se borró. Estupefacto, vio que Lane rompía primero la cerradura de la verja, y que abría las hojas de la misma en sentido inverso. Dos nuevos tirones arrancaron los batientes de hierro de sus bisagras, junto con unos buenos trozos de la mampostería.

—Cielos —dijo el guarda. Pero, de pronto, recordó cuál era su deber, y sacó el revólver de la funda que llevaba al cinto—. No entre o dispararé.

Lane sonrió de un modo que heló la sangre en las venas al guarda. Lentamente, avanzó hacia él y, de pronto, actuando con la rapidez de una serpiente, le quitó el revólver.

—Entre, señorita Gayphord —dijo, sin mirarla siquiera—. Ahora comprobaremos si el señor Howard está o no en casa.

Arthemis hizo avanzar lentamente el coche. El guarda, con aire estúpido, contemplaba la escena, como si estuviese en el centro de una pesadilla.

De pronto, Lane hizo saltar en la mano el revólver. Luego, echó el brazo hacia atrás, tomó impulso y lanzó el arma a una distancia increíble.

—Voy a buscar otro empleo —gimió el aterrado cancerbero.

Lane se sentó junto a Arthemis.

—Me explicó cómo conquista a las mujeres —dijo ella.

—¿Sí? —murmuró Lane, mientras se arreglaba el nudo de la corbata.

—Con esa fuerza, ¿quién se resiste?

—Con las mujeres, y mucho menos si son hermosas, jamás empleo la fuerza.

Arthemis volvió la cabeza un instante, para contemplar la frondosa cabellera del abogado, que no llegaba a melena tipo *hippy*, sin embargo.

—¿No teme encontrarse algún día con su Dalila? —preguntó.

—¿Lo dice porque podría ocurrirme lo mismo que a Sansón, perder las fuerzas si me rapasen? Bah, eso no ocurrirá.

—¿Perder las fuerzas o el pelo?

De pronto, Lape señaló un punto con la mano.

—Pare ahí —dijo, desviando la conversación.

El jardín de la residencia de Howard era enorme. La casa, al menos exteriormente, mostraba un lujo asiático. Delante de la puerta, había un «Rolls-Royce», al que un chófer de color sacaba el brillo, con la ayuda de una gamuza.

De pronto, dos hombres aparecieron en la entrada.

Uno de ellos era portador de una cartera de mano.

Aparentaba cuarenta años y era de buena planta, aunque su nariz resultaba un tanto aguileña. El otro era mayor, más voluminoso y, pese a su sombrero hamburgués, que le daba el aspecto de un gran financiero, podía adivinarse la falta casi total de pelo en su cráneo.

Lane sabía que también Howard tenía una falta total de escrúpulos.

—Hola, Charlie —saludó.

La cara de Howard se congestionó.

—Dije que no estaba en casa —barbotó.

—Lo cual es una mentira más grande que la propia casa —rió Lane—. ¿Dónde está Lizzy Beaton?

—No sé de quién me está hablando...

—Howard, usted sobornó a un tipo llamado Brookes y, cuando hubo conseguido lo que ambicionaba, lo hizo asesinar. Además, la señorita Gayphord tiene una queja que presentar contra usted.

Howard miró a la muchacha.

—Son los negocios —contestó.

—¿Llama negocios a cortar la mano de un hombre para quitarle el dinero que llevaba en una cartera? —protestó ella, indignada.

—Jamás recorro a esos métodos. Puede creerme, Artemis, soy sincero. Yo no ordené que robasen los trescientos mil dólares al mensajero de su padre.

Ella se desconcertó ligeramente. A Lane le pareció que Howard, al menos en aquella ocasión, era sincero.

—Pero sí sobornó a Brookes —dijo.

Howard se encogió de hombros.

—Tengo prisa —murmuró, displicente.

—Muy bien, váyase; pero, antes, dígame dónde está Lizzy Beaton.

—No sé quién es esa señora.

Lane se volvió hacia Arthemis.

—El tipo es terco —murmuró.

Paseó la vista a su alrededor. La piscina, enorme, se hallaba a la derecha de la casa, según se salía de la misma, situada en un amplio prado, de nivel inferior al edificio. De pronto, Lane dio un salto y se colocó detrás del Rolls.

El chófer, asustado, se apartó. Lane apoyó ambas manos en la zaga del vehículo, y empujó con todas sus fuerzas.

El coche tenía una velocidad puesta y, además, el freno de mano. Se oyó un terrible estrépito cuando los dientes de los engranajes empezaron a saltar.

El hombre de la cartera quiso arrojarle sobre Lane. Arthemis reaccionó vivamente y adelantó un pie... El sujeto se desplomó de bruces al suelo.

Howard tenía la boca abierta. Lane siguió empujando, acelerando cada vez más, ya que el cambio de marchas estaba destrozado, y acabó lanzando el Rolls a la piscina.

Luego regresó a la entrada de la casa. Robson Day, secretario particular de Howard, se había levantado ya, y estaba limpiándose el polvo de la ropa. De pronto, sacó una pistola.

Una mano se la arrebató. Otro le golpeó suavemente en el estómago, y lo dejó sentado en el suelo, sin respiración y con los ojos llenos de lágrimas.

Howard se sentía aterrado. De pronto, dos manos lo izaron a pulso y lo zarandearon con terrible violencia.

—¿Dónde está Lizzy Beaton? —preguntó Lane.

—Li... Little Palm Key... en el hotel del mismo nombre... —tartamudeó Howard.

—Está bien —dijo Lane—. Si me ha mentido, vendré aquí y le arrancaré primero los brazos y luego las piernas.

—Es la verdad, se lo juro...

—Eso espero, por su propio bien.

Sin soltar a Howard, Lane echó a correr súbitamente. Un par de segundos más tarde, el impecable dueño de la residencia volaba a la piscina, en cuyo fondo se entreveía la silueta oscura del «Rolls».

El revólver de Day siguió el mismo camino. Lane regresó junto a Arthemis.

—Vámonos —dijo.

—Sí —contestó ella mansamente.

El chófer de color, espeluznado por lo que había visto, estaba prudentemente oculto tras una esquina. Day seguía aún sin fuerzas.

Al arrancar, Lane dijo:

—Si Howard no fue, ¿quién ordenó el robo de los trescientos mil? ¿Acaso hay otra empresa interesada en la consecución de la fórmula D. T.?

—Lo siento —contestó Arthemis—. Ahora ya sabe usted de este asunto tanto como yo.

## CAPÍTULO VI

Dado que el asunto era delicado, Lane no quiso llamar a su amigo por teléfono, aparte de que no conocía la hora en que podría localizarle en el hotel Little Palm Key. Lo único que hizo fue enviarle un telegrama urgente:

REGRESA INMEDIATAMENTE. HAY NOVEDADES.

Vandelaert, pensó, no era tonto, y comprendería el significado del mensaje. Ciertamente, había sabido elegir bien el lugar de sus vacaciones. Lo que no había elegido acertadamente era la compañía. Se preguntó cómo conseguiría Lizzy Beaton arrancarle los datos complementarios de la fórmula.

Había muchas hipótesis que forjarse sobre el caso. Todas ellas eran sucesivamente formuladas y desechadas. Pero la realidad era que la fórmula constituía un gravísimo peligro.

«¿A quién diablos se le ocurriría fabricar un líquido semejante?», se preguntó, lleno de furia.

Lleno de impaciencia, aguardó veinticuatro horas, Al fin, llegó la respuesta de Vandelaert:

LITTLE PALM KEY ES UN PARAÍSO. YO SOY ADÁN,  
ELLA ES EVA. USA EL TELÉFONO A LAS 22,00.

—Y un cuerno. —Gruñó Lane, colérico, a la vez que estrujaba en la mano el despacho telegráfico.

Dadas las circunstancias, sólo cabía una solución.

Llamó a Arthemis.

—Me voy a Little Palm Key —anunció.

—¿Le ocurre algo al profesor?

—Está ciego.

—¿Qué? ¿Le han arrojado vitriolo a los ojos?

Lane soltó un bufido.

—No dramatice. Está ciego con la prójima que tiene al lado, y dice que use el teléfono. Hay cosas que no se pueden discutir, si no es personalmente.

—Ah, comprendo... Oiga, yo puedo llevarle en avión a Little Palm Key.

—¿Usted?

—Claro, en el hidroavión de mi padre. Tengo el título de piloto. ¿No lo sabía?

—No, pero me alegro de ello.

—Son cuatro horas de vuelo —explicó la muchacha—. Little Palm Key no tiene aeropuerto, dada su orografía y la escasez de superficie útil. Por tanto, el que viaja allí tiene que hacerlo en hidroavión o en una lancha desde Key West. ¿Comprende?

—Sí, desde luego.

—Pasaré a recogerle a las siete de la mañana. Estaremos a las doce en Little Palm Key.

—Perfecto.

Lane colgó el teléfono. Apenas lo había hecho, se oyó el timbre del aparato.

Era Sandra.

—Tengo una noticia para ti —dijo.

—Sí, habla.

—Fue esta mañana, a las diez y media. Llamó un tipo. Le di el teléfono que me indicó el Bigotes. Luego, me ha llamado éste. Ha dicho que durante algunos días no tome más mensajes para él. Eso es todo.

—Gracias, hermosa. Te enviaré cincuenta dólares lo antes que pueda.

Inmediatamente, Lane se puso delante del listín telefónico.

Fue trabajo perdido. El número del Bigotes no figuraba en las páginas que tenía ante sus ojos.

Seguramente, residía fuera de la ciudad. En algún suburbio o en alguna pequeña población de los alrededores. Tendría que averiguarlo en otro momento.

El aparato, un esbelto hidroavión de ala alta, con flotadores gemelos y cabina cerrada, capaz para cuatro personas, dio una vuelta sobre la isleta y empezó a perder altura.

Lane observó, extrañado, que no había ningún edificio grande.

—¿Dónde está el hotel? —preguntó.

Arthemis le miró, risueña.

—¿Usted es investigador? —le reprochó—. Debiera saber que el hotel solo dispone de un pequeño edificio para recepción y servicios. Los huéspedes se alojan en casitas independientes, tipo motel.

—Oh, ya entiendo. La verdad, nunca me había preocupado de este lugar. Es demasiado para mi presupuesto.

—¿Acaso ninguna de sus «números» fue capaz de pagarle una semanita de estancia en la isla? —preguntó ella irónicamente.

—Siempre he sentido debilidad por las pobres.

—Pero guapas.

—Eso sí, lo admito de plano Cuidado, el mar se está acercando.

—No tema, Bull.

Lane sonrió para sí. Ella había usado el apodo. Le gustaba.

Los flotadores rasgaron la superficie líquida. Momentos después, se detenían junto al muelle en el que ya había amarrados cuatro o cinco aparatos semejantes, si bien de distintos tipos. Uno de ellos era un viejo PBY-2, un «Catalina» bimotor que, probablemente, habría ejecutado muchas misiones de guerra. No obstante, se le veía en buen estado y con la pintura reciente.

Los mozos del muelle les ayudaron a saltar a tierra. Uno de ellos les condujo hasta una carretilla eléctrica.

—En la isla están prohibidos los motores de explosión —declaró, al poner en marcha el vehículo—. Sólo hay uno, en la punta norte, que es el generador de fuerza, completamente aislado del resto del terreno.

—Excelente precaución —elogió Lane.

Minutos más tarde, entraban en la recepción del motel.

—No tenemos cabañas disponibles —informó el atildado conserje.

—Pensamos volvemos hoy mismo —dijo Lane—. Sólo queremos visitar a un amigo Es el profesor Vandelaert.

—Ah, en tal caso... Calle Diez, número ocho, señor.

Lane dejó un par de billetes sobre el mostrador. Luego, agarró a la muchacha por el brazo.

Detrás de él, una voz murmuró:

—La bella y la bestia.

Arthemis oyó el comentario.

—No se preocupe —rió Lane—. Yo soy la bestia.

—¿Por qué no les dice algo? —protestó ella.

—No quiero que me acusen de homicidio, por provocar un paro cardíaco —rió Lane.

El conductor de la carretilla aguardaba frente a la recepción.

—¿Les llevo a alguna parte, señores? —sugirió.

—¿Está muy lejos el número ocho de la calle Diez? —preguntó Lane.

La mano del hombre se tendió hacia un punto determinado.

—Seiscientos metros —respondió.

Y mantuvo la mano recta, pero ahora con la palma suelta hacia arriba.

Lane puso un billete en aquella mano.

—Desinfectelo —dijo—. Me lo dieron ayer, en la leprosería de Rhang-Whutang.

El hombre tiró el billete al suelo, con un respingo de terror. Lane y Artemis continuaron andando.

—Esa leprosería no existe —dijo ella, en voz baja.

—Sí, pero ese pedigüño no lo sabe. No me molesta dar propina; lo que me fastidia es la forma que tienen algunos de pedirla.

Ella rió alegremente.

—Ahora comprendo... —Pero, de pronto, se mordió los labios y guardó silencio.

Continuaron andando. La vegetación era muy abundante, aunque se veía con claridad que había sido arreglada y cuidada para quitarle, en parte, el aspecto selvático que debió tener en un principio, antes de que a alguien se le ocurriera instalar un hotel de lujo en el cayo. La palmera era el árbol determinante en el paisaje.

El suelo del sendero estaba finamente enarenado. Los indicadores de las calles estaban casi a ras de tierra, no disimulados, pero si colocados de forma que no desentonaran del conjunto.

Ya habían entrado en la calle Diez. Lane vio el número seis. Había otra cabaña más, antes de llegar a la que ocupaban Vandelaert y Lizzy Beaton.

De pronto, observó un movimiento de ramas a lo lejos.

—Cuidado —dijo, a la vez que tiraba de la muchacha fuera del

sendero.

Arthemis trastabilló, pero no cayó.

—¿Qué pasa? —preguntó, alarmada.

—Silencio. Échese al suelo.

Ella obedeció. Pasmada de asombro, vio que Lane empezaba a reptar como un indio en el sendero de la guerra.

Al cabo de unos segundos, ella le siguió, gateando por el suelo cubierto de abundante vegetación. Pasaron por detrás de la cabaña número siete, y entonces vio algo que le llenó de terror.

Había un hombre detrás de un macizo de buganvillas, casi tan alto como él, que apenas si dejaba ver más que la cabeza. El hombre levantaba con la mano izquierda, muy lentamente, el bastidor de la ventana junto a la cual se encontraba.

De pronto, Artemis vio que la mano derecha del hombre salía a la vista. La pistola con silenciador, que pudo divisar, le indicó claramente sus intenciones.

De pronto, algo voló por los aires, con terrible fuerza.

Arthemis oyó un terrible crujido. Luego, vio que el hombre desaparecía de golpe.

Lane se puso en pie, y corrió hacia el individuo. Ella le siguió. Al pasar al otro lado de las buganvillas, vio un espectáculo horripilante.

La piedra había aplastado por completo todo el lado izquierdo de la cabeza del sujeto, quien había muerto sin enterarse de lo ocurrido. Artemis se mareó.

Lane le puso una mano en la boca.

—No haga ruido —siseó.

Los ojos de la joven estaban desmesuradamente abiertos. Moviéndose los párpados y Lane la soltó.

—Quédese aquí —susurró él—. Voy a ocuparme de este tipo.

Lane arrastró el cadáver hasta ocultarlo detrás de unos arbustos cercanos. Luego regresó, y examinó rápidamente la pistola, a la que puso el seguro en el acto.

Hasta entonces, habían permanecido acucillados, al pie de la ventana. Lane se incorporó lentamente, y Artemis, invadida por la curiosidad, hizo lo mismo.

La fuerte mano de Lane agarró a la muchacha por un brazo, y la condujo hasta la puerta de la casa. Una vez allí, le entregó la

pistola, que ella tomó con visible repugnancia.

—Esto no me gusta...

—Sólo ha de tenerla en la mano —dijo él—. No tema, le he puesto el seguro. Pero me conviene como arma psicológica.

—No entiendo...

—Ya lo entenderá.

Lane abrió la puerta sin llamar, y entró en la casa. Cruzó una salita, con la decoración en serie, y se detuvo ante la puerta entreabierta del dormitorio.

—¡Bravo, profesor! —exclamó.

## CAPÍTULO VII

Sonó un agudo chillido femenino. Una mujer se cubrió presurosamente con una sábana. Vandelaert, visiblemente malhumorado, se puso en pie, vestido únicamente con unos *shorts multicolores*.

—Bull, diablos, ¿quién te ha mandado venir aquí? —preguntó.

—Lo siento, profesor. Tengo que ayudarle.

—¡Ricky, échalos! —gritó la mujer.

Estaba sentada en la cama, con la sábana sujeta sobre las manos.

Lane la miró con indiferencia.

—Profesor, ¿sabe quién es esta pájara?

—Lizzy Beaton, ya te lo dije. Me gusta. Nos vamos a casar —contestó Vandelaert sorprendentemente.

—Ésa sí que es otra —rió Lane—. Profesor, Lizzy Beaton es la amigueta de Charlie Howard, el hombre que sobornó, primero, y luego hizo asesinar a su ayudante.

Vandelaert se sobresaltó.

—Demonios, Bull; tú no puedes hablar en serio...

Lane agitó una mano.

—Dígaselo usted; señorita Gayphord —solicitó.

—Es cierto —intervino Arthemis.

La mandíbula de Vandelaert se aflojó.

—Nunca me imaginé...

—Señorita Gayphord, yo me voy a ocupar de registrar la casa a fondo —dijo Lane—. Mantenga a raya a esa prójima. Si ve que se mueve de dónde está, aunque nada más que sea para rascarse la rodilla, métale dos tiros en la tripa.

Arthemis avanzó un par de pasos. Ahora comprendía el significado de la frase arma psicológica.

—Haga su trabajo sin prisas —contestó, a la vez que apuntaba truculentamente con la pistola a Lizzy Beaton—. Nada me

complacería más que ver a esa infame mujer retorciéndose de dolor a mis pies —añadió, con acento melodramático.

Lane movió una mano.

—Venga, profesor; necesito que me ayude —dijo.

Vandelaert le siguió mansamente. Lane se entregó a las tareas del registro, que, por otra parte, no fueron demasiado largas.

En un pequeño maletín encontró una libreta, con tapas negras, en la que había una docena de páginas escritas, con letra menuda y muy apretada. Lane enseñó la libreta al profesor.

—¡Dios santo! —exclamó Vandelaert, pasmado de asombro, minutos más tarde—. ¡Es mi fórmula! Exacta, sin faltarle ni una sola coma...

—Pero no es su letra.

—No, en absoluto. Ni tampoco la de Brookes. ¿Cómo diablos han podido copiar la fórmula, Bull?

—Enseguida lo sabremos —contestó él—. Voy a continuar el registro.

Minutos después, encontró algo en un bolso de Lizzy. Era un tubo que contenía varias tabletas de color blanco, semejantes a un analgésico y de sabor ligeramente azucarado.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—Traiga un vaso de agua y una cucharilla, profesor —pidió.

Vandelaert obedeció. Lane puso en el agua una tableta, removió el líquido con la cucharilla, y luego entró en el dormitorio.

—Bebe —ordenó.

Lizzy miró el vaso con aprensión.

—¿Qué es lo que hay en el agua?

Lane enseñó el tubo que contenía las pastillas. Lizzy palideció espantosamente.

—No se molesten —exclamó—. Lo diré todo. Es una droga hipnótica. Howard me la entregó. Tenía que procurar que el profesor tomase una dosis a diario. Se dormía, yo le hacía hablar, y anotaba todo lo que me decía.

Lane miró de reojo a su amigo.

—Hablaban usted por los codos, profesor.

Vandelaert enrojeció.

—Lo siento —murmuró.

—Bull, ¿qué hacemos con ella? —consultó Arthemis.

—El profesor y yo vamos a salir. Haga que se vista, pero, recuerde; tire a matar si hace un movimiento sospechoso.

—Es lo que más me gustaría —dijo Arthemis, con fingida perversidad.

Lane y el profesor se dirigieron a la sala.

—¿Cuándo pensaban regresar? —preguntó Lane.

—Íbamos a estar toda la semana...

—Es decir, cuatro días más.

Vandelaert asintió desatentadamente.

—Entonces, se explica —dijo Lane.

—¿Qué es lo que se explica, Bull?

—Ya lo sabrá, no tenga prisa. Me pregunto por qué se le ocurriría inventar la maldita fórmula D.T. ¿Qué objeto tiene ese líquido horrible?

—Pues, muchas aplicaciones... Es largo de explicar, Bull.

—No quiero que me lo explique, profesor. Y si un día vale mi opinión en algo, diré que no le den el Nobel de Química.

—Bull, yo siempre te he apreciado —dijo Vandelaert, dolido.

—Sí, pero el solo hecho de haber ideado esa fórmula, le ha convertido en una persona antipática y odiosa para mí.

—Tú no comprendes la ciencia...

—¡Ni ganas!

Las dos mujeres salían en aquel instante, Lizzy delante, vestida con blusa y *shorts*, y Arthemis detrás, apuntándole con la pistola.

—Aquí está, Bull —dijo.

—Muy bien —contestó Lane—. Y ahora, a esperar.

—Esperar, ¿qué? —preguntó Arthemis.

—Hay un tipo que no regresará al puerto. Alguien vendrá a buscarlo.

Las luces de la cabaña estaban encendidas. El hombre la contempló de lejos, escondido detrás del grueso tronco de una palmera que medía veinticinco metros de altura. Luego siguió andando, sin perder de vista el edificio.

De pronto, vio una silueta femenina al otro lado de unas cortinas de suave tejido. El individuo sonrió.

Lentamente, se acercó a la casa y alcanzó la ventana. Las cortinas, aunque eran de tela muy fina, no permitían, sin embargo, captar detalles de la mujer.

—Lizzy —llamó el hombre en voz baja.

Ella estaba cepillándose el pelo, y suspendió la tarea en el acto.

—¿Quién es?

—Yo, Udo Keynell.

—Ah, Udo. Espera un momento. Sigue ahí.

—Lizzy, ¿has visto a Luthie? Tenía que haber estado contigo a mediodía...

—No he visto a Luthie ni sé nada de él. Aguarda, no te muevas.

—Está bien.

Keynell aguardó en el mismo sitio. De repente, sintió dos manos que se cerraban en torno a su cuello.

Los pulgares hicieron presión debajo de las orejas. Keynell perdió el sentido casi instantáneamente.

Momentos después, era introducido en la casa. Lizzy, sentada en un sillón, atada y amordazada, contempló al sujeto desmayado, con ojos llenos de terror.

Arthemis salió del dormitorio, envuelta en la bata de encajes de Lizzy.

—¿Lo he hecho bien, Bull? —preguntó, todavía con el cepillo del pelo en la mano.

Lane hizo un gesto con el índice y el pulgar en círculo. Luego, arrojó al sujeto sobre un sillón. Vandelaert contemplaba la escena, sin atreverse a respirar.

—Agua, por favor —pidió Lane.

Arthemis buscó una jarra de agua. Keynell se despabiló a los pocos momentos.

—Aquí lo tiene usted, profesor —dijo Lane—. Éste es el compinche que debía recoger al hombre que recibiría la libreta de apuntes, después de que usted hubiese muerto. Naturalmente, para evitar sospechas, Lizzy permanecería en la cabaña, declarando, cuando la interrogasen, que ella no sabía nada, que debía de tratarse de una antigua, venganza... El caso era justificarse, ya que, de haberse marchado con los asesinos, podría haber sido considerada igualmente como sospechosa.

—Pero no entiendo —dijo Vandelaert—. Sí ya quitaron a mi ayudante todos los datos de la fórmula, ¿por qué me la hizo repetir ella?

—Hay dos posibilidades: una, comparar lo que Lizzy ha escrito

con lo que Brooke entregó, antes de ser asesinado, Otra: dos... «competidores» luchan por la fórmula, posibilidad a la que me inclino cada vez más, teniendo en cuenta que los hombres de Howard no cortaron la mano del mensajero que llevaba los trescientos mil dólares.

—Y, ¿quiénes son los de la competencia? —preguntó Arthemis.

—Ya lo averiguaremos. De momento, quiero hacerle sólo dos preguntas a este pájaro.

Keynell estaba ya completamente despierto. Lane hizo un par de demostraciones de fuerza, suficientes para que el hampón se rindiese en el acto, y diese respuesta a las preguntas formuladas:

—Sí, nos envió Howard... Hemos venido en el «Catalina», y el piloto aguarda...

—Suficiente —cortó Lane.

Minutos después, Keynell estaba, tan atado como Lizzy. Lane se volvió hacia Arthemis.

—Voy a darme un baño a la luz de la luna —dijo.

—Yo también —exclamó ella impulsivamente.

Lane dudó un momento, pero acabó por sonreír.

—Está bien. —Accedió—. Profesor, vigile a esa pareja. Dispare contra el que trate de escapar.

Vandelaert asintió, Lane y la joven salieron de la casa.

—Pero yo no tengo traje de baño —alegó él.

—He traído dos en el equipaje, uno de caballero, naturalmente. Sabía que acabaríamos tomando un baño en Little Palm Key.

—Es usted previsor, no cabe la menor duda.

Minutos más tarde, se hallaban en el hidroavión, Arthemis corrió las cortinillas para bañarse, lo que le impidió ver a Lane, hurgando en el departamento de herramientas del avión. Minutos después, ella apareció en el flotador, ataviada con un sucinto dos piezas.

—Buen tipo —elogió él—. Aguarde aquí... ¿Cuánto resiste nadando?

—Cientos de metros —contestó Arthemis.

—No iremos tan lejos.

Ella se sorprendió de la ambigüedad de la frase. Lane estuvo equipado poco después.

—Entre en el agua, sin hacer el menor raído —recomendó.

Arthemis, aunque sorprendida, obedeció.

—Y sígame —añadió él, cuando ya estaba sumergido hasta el cuello.

Durante unos minutos, Artemis creyó que iban a salir a mar abierto. Luego, inexplicablemente, Lane dio media vuelta.

Ella nadaba tras él, dándose cuenta de que Lane evitaba agitar las aguas en la medida de lo posible. De pronto, le vio acercarse a la cola del «Catalina».

Lane se puso un dedo en los labios. Artemis asintió. Inesperadamente, vio que el abogado se sumergía bajo las aguas.

Pasaron casi dos minutos. Lane emergió, tomó aire y se hundió de nuevo.

Al salir por segunda vez, señaló el aparato de Artemis.

—A casa —dijo.

Ella se sintió izada por dos fuertes manos, poco después. Le pareció que era una pluma.

—Vístase, rápido.

Arthemis no comprendía nada de lo que sucedía, pero había aprendido a confiar en el hombre. De pronto, cuando ya terminaba de vestirse, oyó unos gritos de alarma.

En el muelle se encendieron unas luces. Varios hombres corrían de un lado para otro, en completo desorden. Alguien gritaba como un energúmeno en la escotilla de acceso del bimotor. El piloto del «Catalina» se desgañitaba pidiendo socorro a la gente de tierra.

Arthemis bajó al flotador.

—Voy a vestirme —dijo Lane—. Luego volveremos a casa del profesor. Supongo que no ha hecho el curso de vuelo nocturno, ¿verdad?

—Es cierto. Iba a hacerlo, pero, por una cosa u otra, siempre lo posponía...

De repente, Artemis lanzó un chillido.

—Oiga, el «Catalina» se está hundiendo.

Lane estaba ya en la cabina, aunque no había cerrado la portezuela.

—Lástima —sonrió.

Ella le miró, comprendió y sonrió también.

—En vez de Bull, podían llamarle otra cosa —dijo.

—¿Sí? Dígalo, a lo mejor me gusta, y empiezo a convencer a la

gente para que usen el nuevo apodo.

—Tal vez no le gustaría que le llamasen D.T.

—Diablos, no... Disolvente total...

—Destructor Total, Bull.

Lane soltó una gran carcajada, y cerró la puerta de la cabina. Artemis sonrió, mientras, secretamente complacida, observaba que el agua llegaba ya a los motores del «Catalina». Teniendo en cuenta que era un aparato de ala alta, no resultaba difícil imaginarse dónde estaba ya el fuselaje.

## CAPÍTULO VIII

En el registro de llamadas, encontró mía particularmente interesante, a su regreso. Era de Sandra, y le pedía le telefonease con la mayor urgencia posible.

Hacía apenas una hora que había vuelto de Little Palm Key, pero Lane no era hombre que perdiera el tiempo, cuando la cosa urgía. Simplemente, se cambió de ropa y salió en su coche, disparado, hacia la casa de Sandra.

Era mejor hablar con ella, pensó. Cuando llamó a la puerta, le sorprendió no recibir respuesta.

Sandra había dicho que tenía la obligación de permanecer todo el día en casa, hasta las seis de la tarde. Teniendo en cuenta que el mediodía acababa de pasar, resultaba ilógico su silencio.

Insistió. Lane empezó a pensar en lo peor.

Tanteó el pomo. La puerta no estaba cerrada con llave.

Abrió un poco. Al fondo, divisó dos pies desnudos en el suelo.

Inspiró con fuerza. Instantes después, comprobaba que Sandia ya no le daría ningún mensaje. Había tipos aficionados a usar la navaja barbera, y no para afeitarse la barba propia, pensó.

Miró a su alrededor. De pronto, vio que el diván estaba algo separado de la pared. Una sospecha invadió su mente en el acto.

Se agachó. Tal como había pensado, el transmisor había desaparecido. Pero encontró algo en el suelo.

El asesino había estado charlando con Sandra. Con la mano izquierda, debía de haber tanteado el diván, recelando algo, que luego se había convertido en certidumbre. Pero también había encendido un cigarrillo con el último fósforo de propaganda de un bar. Inconscientemente, lo había tirado al suelo, en un movimiento puramente maquinal.

Lanzó una mirada al cadáver, que no ofrecía buen aspecto, precisamente.

—Sandra, no pasará mucho tiempo sin que el Barbero reciba lo que se merece —musitó.

Salió de la casa, procurando no dejar huellas. Avisó a la policía en una cabina situada a bastante distancia. Luego, volvió a su residencia.

La grabadora había recogido un mensaje.

—Llámeme pronto —dijo la voz de Arthemis.

Lane marcó un número. Ella contestó casi en el acto.

—Hola —dijo la chica—. ¿Cómo se encuentra?

—Mal —contestó él, sin rodeos.

—¿Enfermo? Le enviaré a un médico...

—Mi estado de salud es perfecto, gracias. Pero acabó de encontrar degollada a una confidente. Se «olieron» que me daba informes, y le rebanaron el pescuezo.

Arthemis lanzó una exclamación de horror.

—¿Por qué tantas muertes, Bull? —preguntó.

—Por sus trescientos mil dólares, por la fórmula... Hay motivos de sobra —contestó él, malhumorado—. ¿Iba a decirme algo, señorita Gayphord?

—Pues... sí, pero si ahora no se siente bien...

—Hable, no se preocupe de lo que me pasa.

—Se trata de lo que sucedió en Little Palm Key. Hay cosas que no he comprendido del todo. O, simplemente, las ignoro.

—¿Por ejemplo...?

—¿Qué pasó con el hombre que iba a matar al profesor?

—Oh, debió de sufrir una caída en las rocas de los acantilados del lado oeste de la isla. —Sí, ya entiendo. Pero ¿qué dirán Lizzy y el otro?

—No tema por ellos. Sabrán arreglárselas. A la dirección del hotel no le convienen los escándalos. La isla es propiedad privada, y tiene sus propios guardas. Lizzy callará y Keynell también. Aunque supongo que se soltarían a tiempo, y eludirían dar demasiadas explicaciones.

—Le noto triste, Bull. ¿Por qué no viene a cenar conmigo? —sugirió Arthemis.

—No, gracias.

—Es una oferta sincera.

—Lo sé, pero quiero emborracharme.

Lane colgó el teléfono. Al otro lado de la línea, Artemis se quedó muy pensativa. Ciertamente, Lane se sentía muy afectado por lo ocurrido.

Pero el alcohol no era remedio, pensó. Volvió a llamarle.

El teléfono ya *no* contestó. Durante mucho rato, Artemis estuvo pensando dónde podría encontrar a Lane. Al fin, creyó haber dado con la solución.

Lane se encaramó a un taburete, y pidió un doble de *whisky*. Desde el otro lado del mostrador, Cynthia Regan le miró maliciosamente.

—Pareces una gallina mojada —comentó.

—Sí —dijo él escuetamente.

—¿El corazón herido? Oh, pero eso no te sucederá a ti jamás —rió Cynthia—. No hay mujer que te atrape definitivamente.

—No se trata de eso —dijo Lane, con lúgubre acento—. Ella no era una santa, precisamente, pero me ayudaba. Y le han cortado el cuello.

Cynthia se quedó sin aliento.

—¿Quién? —preguntó.

—A la noche lo sabré —respondió él—. Ahora, es demasiado pronto.

Ella hizo un gesto de comprensión.

—Luego, puedes venir a tomar una copa conmigo —sugirió.

—Quizá lo haga.

De súbito, Lane vio que Cynthia palidecía.

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

—Esos dos tipos... Thaney y Ronald. Vienen a cobrar los cuatrocientos semanales —contestó ella.

Lane continuó en el mismo sitio.

—Llévalos al despacho —bisbiseó.

Cynthia dudó, pero acabó por acceder. Los dos hampones se acercaron al mostrador.

—Vengan a mi despacho —sonrió ella—. Aquí no hay dinero suficiente y... Les daré un trago de lo bueno.

Ronald y Thaney se miraron y sonrieron.

—Lo guarda para los amigos —dijo el primero.

—Para la gente de clase —añadió el segundo.

Ninguno de los dos se había fijado en el corpulento sujeto que

parecía adormilado sobre el mostrador. Cynthia dejó la barra al cuidado de un par de mozos, y se encaminó al despacho, seguida por los dos hampones.

Ya casi anocheecía. Lane se incorporó, pocos segundos después. Luego, siguió los pasos del trío.

Abrió la puerta. Thaney se volvió en el acto.

—Largo —dijo—. Estamos ocupados.

—Yo me encargaré de él —dijo Ronald, fanfarrón.

Cynthia contemplaba la escena, con una botella y un vaso en las manos. Ronald avanzó hacia el abogado, sonriendo despectivamente.

—Yo, Tarzán —dijo—. Tú, gorila.

—¡Ugh! —contestó Lane.

Y, de pronto, disparó el puño derecho.

Ronald creyó que le golpeaba un cohete espacial en la mandíbula. Voló un par de metros por el aire, resbaló por el suelo y chocó contra la pared del fondo.

Thaney respingó. Permaneció un instante, como asombrado, y luego, de súbito, cargó con la cabeza gacha contra el abogado.

Lane se limitó a hinchar el tórax. Thaney creyó que chocaba contra un muro de ladrillo, y retrocedió, tambaleándose. Algo rozó su nuca, pero él creyó que era un mazo, y perdió el sentido.

Cynthia despachó de un trago el contenido del vaso, que tenía en la mano.

—Eres el mismísimo diablo —comentó.

—¿Hay alguna salida lateral? —preguntó él.

—Sí, claro.

—Guíame, por favor.

Lane agarro a los dos hampones por los cuellos de sus chaquetas, y los arrastró hasta la puerta que daba a una calleja lateral. Al dejarlos en el suelo, se volvió hacia Cynthia, que permanecía en el umbral.

—Trae una jarra con agua —pidió.

Ronald usaba tirantes y se los quitó. Cuando Cynthia regresó, se encontró un espectáculo inesperado.

—Estás ofendiendo mi pudor —protestó.

—¡Je! —dijo Lane, sarcástico.

El agua sirvió para despabilar a los hampones. Los tirantes

fueron empleados a modo de látigo, y sin ninguna piedad.

Chillando desaforadamente, Ronald y Thaney, en traje de Adán, corrieron hacia la salida del callejón, perseguidos por Lane, que movía implacablemente los tirantes. Lane castigó en especial los glúteos y la cara posterior de los muslos. Los dos hampones irrumpieron sensacionalmente en la concurrida avenida.

Un par de automóviles chocaron, cuando sus conductores frenaron para contemplar el insólito espectáculo de dos hombres hechos y derechos, haciendo *streaking* a las siete de la tarde. Ronald y Thaney permanecían irresolutos a la entrada del callejón, pero, de pronto, dos piedras que volaron a sus riñones les acuciaron a correr desenfadadamente a lo largo de la acera.

Se oyó el pito de un policía. Thaney saltó a la calzada y abrió los brazos para detener a un taxi. El conductor lo esquivó con un hábil quiebro. Los rufianes tuvieron que resignarse a viajar en un coche policial, en medio del jolgorio impresionante, organizado por los numerosos viandantes que se habían congregado para contemplar el espectáculo.

Poco después, Lane se despidió de Cynthia.

—Ven a la noche —pidió ella.

—Sí, hermosa —se despidió el abogado.

Unos minutos después, Cynthia oyó que llamaban a la puerta.

—¡Adelante!

Arthemis abrió.

—Busco al señor Lane —dijo.

—No está —respondió Cynthia.

—¿Dónde ha ido?

Cynthia sonrió, a la vez que ponía la mano derecha en una de sus caderas.

—No sé adónde ha ido, pero sí puedo asegurarle que sé dónde estará a la noche —contestó desenvueltamente.

—Muy bien, le esperaré.

Chasquearon unos dedos significativamente.

—Largo —dijo Cynthia.

Arthemis meditó un instante. A veces, se dijo, valía la pena mostrarse un poco insolente. Tenía siete u ocho años menos que la dueña del local, y era aficionada a algunos deportes. No presumía de fuerza corporal, pero tampoco era una chica de músculos

débiles.

De pronto, disparó el puño derecho y lo hundió en el blando estómago de Cynthia. Se oyó un resoplido. La dueña del local cayó sentada al suelo.

—Me quedo —dijo Artemis, resuelta—. ¿Alguna otra objeción?

Los ojos de Cynthia estaban llenos de lágrimas.

—Quédese... y cómaselo —barbotó.

Artemis sonrió.

—Tal vez lo haga —contesto placenteramente.

Los ojos de Tom Patterson se llenaron de temor, al ver la figura que aparecía en el umbral de la puerta de su local. Lane avanzó hacia el tabernero, procurando adaptar una expresión neutral.

—Quiero hablar con usted, Tom —dijo.

Patterson tragó saliva. Cada vez que recordaba los destrozos que el abogado había causado en su local, sentía escalofríos.

—Sí... sí, señor —contestó mansamente.

Se secó las manos en un paño nada limpio, dijo algo si su ayudante y se encaminó a su cuarto privado.

Lane cerró la puerta.

—Es aficionado a usar la navaja barbera. Ha liquidado a una persona, degollándola con una de esas herramientas. ¿Quién es?

Patterson se frotó las manos nerviosamente.

—Quiero pedirle un favor —dijo.

—Sí —aceptó Lane.

—Sea discreto. No le diga que yo... ¿Me entiende?

—Desde luego. Nunca traiciono a los que me ayudan.

—Se llama... es decir, creo que es él... Till Morden. Vive en Keatesburgh... calle Salter, doscientos diez.

Lane enarcó las cejas. Keatesburgh era uno de los barrios periféricos de la ciudad. Realmente, se trataba de otra población, muy separada de la capital en un principio, pero que, con el paso de los años y el crecimiento, había quedado casi enlazada, a causa de las construcciones realizadas durante las últimas décadas.

—Patterson, yo no le diré nada a Morden —aseguró Lane—. Pero no me gustaría tampoco llegar allí, y encontrarme con que el pájaro había volado de la jaula.

—Callaré, se lo juro —respondió el aterrado tabernero.

—Será lo mejor para usted. Patterson, yo comprendo que, en

ocasiones, haga cosas no demasiado limpias, pero mezclarse con asesinos pagados, ya es demasiado.

Patterson asintió. Lane se dirigió hacia la puerta, pero, antes de salir, pareció recordar algo y se volvió.

—¿Tiene amigos Morden? —preguntó.

—Yo diría que... En todo caso, Bill Thaney, el hermano más pequeño.

Lane recordó el nombre de Thaney, que había oído en alguna parte.

—Son dos hermanos —agregó Patterson—. Nick es el mayor. Pero trabajan por su cuenta.

—Muy interesante —sonrió Lane—. Adiós, Tom.

Al quedarse solo, Patterson se secó el abundante sudor que corría por su frente. Luego, se tomó una buena dosis de *whisky*, para calmar un tanto sus nervios desquiciados.

Sentía compasión de Morden. Y, qué diablos, cualquier cosa que le sucediera estaría bien empleada. Usar la navaja de afeitar para rebanar el pescuezo de las personas era, realmente, una indecencia.

## CAPÍTULO IX

Till Morden era, evidentemente, un hombre de gustos refinados. El pequeño jardín que rodeaba la casita estaba muy bien cuidado, y la valla se veía recién pintada. La casa, pequeña, ofrecía un magnífico aspecto... claro que, con toda probabilidad, era alquilada. Lo más fácil era que Morden pasara por un honesto ciudadano, con un trabajo fijo en la gran ciudad, por lo que, naturalmente, no podía ir por ahí divulgando que hacía trabajitos extra con su navaja de afeitar.

Lane se acercó, con infinito cuidado, al edificio. Miró a través de una ventana iluminada y vio al tipo, sentado en un butacón de orejeras, con unas antiparras puestas sobre la nariz y un libro en las manos.

La imagen del perfecto burgués.

Sólo faltaba el perro durmiendo sobre la alfombra.

—Y la esposa tejiendo al lado —sonrió Lane.

Confió en que Patterson hubiese mantenido la palabra de guardar silencio. De pronto, oyó sonar el teléfono.

Lane pegó la oreja izquierda al cristal. Las vibraciones sonoras llegaron así con facilidad al tímpano.

—Hola, Billy... ¿Cómo? ¿Ha estado con Tom? ¿Te ha visto? ¿No? Perfecto... No, déjalo por ahora, no le hagas nada; a lo mejor fue por otra cosa. Si viene por aquí, ya discutiremos lo que se debe hacer con Tom... No te preocupes por mí, sé defenderme de sobra... Adiós, compadre.

Morden colgó el teléfono y reanudó la lectura.

Lane dedujo una cosa con meridiana claridad: Billy Thaney le había visto, en tanto que él, al no conocerlo, no se había percatado de su presencia en la taberna de Patterson. Bien, ya le pasaría la factura al hermano menor del hampón a quien había zurrado aquella misma tarde.

Examinó la habitación con toda minuciosidad. De pronto, creyó ver algo bajo la mesita del teléfono. Se agachó un poco más, hasta situar los ojos a ras del alféizar, pero tampoco podía distinguir demasiado. Sin embargo, creyó adivinar la realidad.

Una pistola sujeta bajo la tabla de la mesa, probablemente con imanes. Nadie la vería, hasta que fuese demasiado tarde.

Contempló al sujeto. Había algo en su rostro que le desagradó profundamente. Aquel hombre podía matar con una pistola, sin hacer ruido, mediante el silenciador, pero, cuando podía, usaba la navaja barbera.

Un sádico.

Le gustaba la sangre a granel.

—Lo tendré en cuenta —musitó.

Paso a paso, dio la vuelta a la casa. Encontró la puerta posterior.

Sabía cómo abrir una puerta, sin que se enterase su dueño, aunque estuviese con la oreja pegada al tablero del lado opuesto. Minutos después, tenía el paso franco.

Avanzó con infinita lentitud, colocando cada pie muy suavemente y ejerciendo la presión sobre el suelo gradualmente, con lo que evitaba así todo sonido. Abrir la puerta de la cocina que daba a la sala le costó sus buenos dos minutos.

Morden estaba de espaldas a él. La mesita con el teléfono quedaba a su derecha. Lane dio cuatro pasos en otros tantos minutos. Alargó la mano y tiró de la mesita con infinita suavidad.

De pronto, sonó una interjección.

Morden acababa de darse cuenta de que la mesita había desaparecido. Entonces, un pie golpeó el sillón con tremenda fuerza y mueble y usuario salieron disparados hacia adelante. El sillón cayó sobre Morden, atrapándolo debajo.

Lane buscó la pistola a tientas. Sí, estaba sujeta por un imán. Vio una estantería al lado y la dejó al otro lado de los libros. Luego volvió la mesita a su sitio.

—Debería comprar un sillón más equilibrado, Morden —dijo burlonamente.

Alargó la mano y puso el sillón en posición normal. Morden se levantó, vomitando espumarajos de rabia.

—Vamos a hablar, Till —dijo Lane, sin hacer caso de los violentos apóstrofes que le dirigía el asesino.

Morden se frotó el mentón, dolorido a causa de la caída de bruceas al suelo.

—No tengo nada de qué hablar —contestó hoscamente.

—Presumes demasiado. Anda, siéntate.

Morden obedeció.

—Está en una casa ajena, sin permiso de su dueño. —Gruñó.

—Sandra dijo lo mismo.

—No sé quién es esa tal Sandra...

Lane elevó los ojos al cielo.

—Señor, ¿por qué habrá hombres tan tercos? —musitó.

Morden tenía las manos apoyadas sobre los brazos del sillón. De pronto, la derecha empezó a deslizarse hacia abajo.

Lane simuló no haber advertido el movimiento.

—Alguien te ordenó liquidar a Sandra. Quiero conocer su nombre —dijo.

—No sé nada...

—Si buscas la pistola, no está ya ahí —sonrió Lane.

Morden dio un salto en el asiento.

—¿Cómo lo ha sabido? —Rugió.

—Soy muy listo. Y tú muy tonto.

De repente, Morden se puso en pie, lanzando un rugido de fiera. Ya tenía en la mano derecha la navaja barbera a la que era tan aficionado.

Lane retrocedió. Morden avanzó hacia él, con un brillo insano en las pupilas. De pronto, saltó hacia adelante y movió el arma en semicírculo.

El filo de la navaja silbó a menos de un centímetro de la garganta de Lane. Pero, fallado el golpe, Morden continuó su movimiento de giro y ofreció el costado derecho a su oponente.

Lane ayudó a que Morden terminase el giro. Luego, disparó el pie derecho.

Morden salió proyectado contra la pared más cercana y rebotó, para repetir el movimiento y no por su voluntad. Dos impactos seguidos eran demasiado. Se dejó caer al suelo.

—A pesar de todo, no hablaré... —jadeó.

Lane quebró la hoja barbera de un taconazo. Luego se acercó al sujeto, cargó con él y lo llevó a la cocina, haciéndole apoyar la espalda en el fregadero. Abrió el grifo del agua y sujetó a Morden

debajo del chorro, impidiéndole mover la cabeza en ningún sentido.

A los pocos momentos, Morden empezó a patalear, víctima de los primeros síntomas de asfixia. Su mano izquierda se levantó, con la palma hacia afuera.

—¿Vas a hablar? —preguntó Lane.

—Sí... sí...

—¿Quién te ordenó asesinar a Sandra?

—Lo sabe Thaney... Él me telefoneó...

—¿Encontraste el transmisor?

—No, él...

—¿Quién le dijo a Thaney que era preciso liquidar a Sandra?

—No lo sé... Nunca se lo preguntaba...

Lane soltó parcialmente a su prisionero.

—Morden, voy a usar el detector de mentiras —dijo.

—Le he dicho todo lo que sé —contestó el asesino, empapado de agua por completo.

—Muy bien, ahora lo veremos.

El brazo derecho de Morden quedó retorcido a su espalda.

—¿Qué te parece mi detector de mentiras? —rió Lane—. Te romperé todos los huesos si no contestas con la verdad.

Morden sentía una agonía terrible. Pero repitió todo lo que había dicho. Entonces, Lane le hizo girar en redondo y le sacudió un terrible derechazo, que le dejó sin sentido instantáneamente.

Avisaría a la policía. Encontrarían la navaja barbera. Por muy bien que la hubiese limpiado su dueño, siempre hallarían rastros microscópicos de sangre, que coincidirían inexorablemente con las maestras tomadas de la de Sandra.

Al salir, apagó las luces. No se sentía demasiado contento de su labor.

La realidad era que había adelantado muy poco. La banda, pensó, estaba muy separada.

Lo que hacía uno era casi ignorado por otro, y viceversa. Quizá ni el propio Billy Thaney conociera el nombre de la persona que había ordenado el asesinato de Sandra.

Estaba ya un poco cansado. De pronto, se dio cuenta de que había pensado emborracharse, pero que no había pasado de la primera copa.

Así era mejor, reconoció. El alcohol en exceso no resolvía jamás

ningún problema. Por tanto, subió al coche, volvió a casa y se acostó.

En el Red Ball, Artemis se sentía ya cansada de esperar.

—Vamos a cerrar —anunció Cynthia.

La joven se puso en pie.

—A eso se le llama perder el tiempo —añadió Cynthia sarcásticamente.

—Dentro de pocos días me dirá usted cuál de las dos ha perdido realmente el tiempo —dijo Artemis, mientras caminaba hacia la salida, sin volver siquiera la cabeza.

Sonó el teléfono. Lane alargó perezosamente una mano y atrajo el aparato hasta su oreja.

—No parece tener mucho interés en el trabajo. —Oyó la voz irónica de Artemis—. Son más de las nueve de la mañana y todavía está en la cama.

—El trabajo vendrá a mí, no se preocupe —contestó él—. ¿Suced algo?

—No. ¿Qué tal la borrachera?

—No me emborraché.

—Le felicito. ¿Pasó la velada en grata compañía?

—Muy grata.

—Cynthia se llevó una rabieta.

Lane se incorporó un tanto y quedó apoyado en el codo izquierdo.

—¿Estuvo hablando con ella?

—Discutimos un poco.

—¿Y...?

—Eso fue todo, Bull.

—Sospecho que acudió al local de Cynthia.

—Sí.

—¿Por qué?

—Quería evitar que se emborrachase.

—Me lo pensé mejor y encontré al asesino de Sandra. Artemis se quedó sin respiración.

—¿Qué sucedió?

—Ya debe de estar en manos de la policía. Tuvimos un intercambio de opiniones y acabó aceptando la mía.

—¡Pobrecillo! —rió Artemis.

—Son cosas que pasan —respondió él con indiferencia.

—Bull, me gustaría invitarle a almorzar.

—Invíteme.

—Ya está hecho. En mi casa, a las doce y media. Lane silbó.

—¿Por qué silba? —preguntó ella.

—¿Qué dirá el opulento señor Gayphord?

—Mi madre es muy simpática. Papá está fuera, en Washington.

¿Encargo otro cubierto?

Lane dudó unos momentos.

—Bien. ¿A las doce y media?

—Sí.

—Espero ser puntual.

—Se lo ordeno, Bull. Y... una cosa.

—Dígame, señorita.

—Suprima ese tratamiento.

—Usted me manda, Arthemis.

—¡Qué más quisiera yo! —se despidió ella con una alegre carcajada.

Lane contempló el teléfono unos instantes.

—Vaya una forma de cambiar de opinión —murmuró.

Minutos después, terminado el aseo matutino, hizo una llamada matutina. Cynthia le puso verde por no haber acudido a su casa, como habían acordado. Lane se disculpó y dijo que su trabajo no tenía horario fijo, pero que procuraría ir en cuanto pudiese. Luego le pidió un dato.

—No lo sé —contestó ella.

—¿Y el de su hermano Nick?

—Lo preguntaré.

—Anota este teléfono. Llámame en cuanto lo sepas.

—De acuerdo.

Seguramente, pensó, Billy Thaney se escondería apenas se hiciera pública la noticia del arresto del Barbero, pero su hermano Nick le diría dónde encontrarlo.

## CAPÍTULO X

La señora Gayphord era una encantadora dama que no había alcanzado todavía los cincuenta años y que conservaba la mayor parte de la esbeltez de sus años juveniles. Arthemis presentó al invitado y la señora Gayphord dijo que era un hombre muy atractivo.

—Pero no se lo voy a disputar a mi hija, claro —añadió, riendo.

—Señora, si yo no hubiera conocido a Arthemis, se la disputaría a usted a su esposo. Me vestiría con pieles, empuñaría un garrote y a usted la arrastraría por los pelos hasta mi cueva.

—¡Arrobador! —dijo la dama, juntando las manos—. Joven, puede que no lo crea, pero mi esposo me conquistó de una forma muy parecida, aunque, desde luego, no vestía con pieles. Pero cuando quise darme cuenta, estaba delante del pastor y diciendo sí a lo que él me propuso.

—Vaya, yo creí que esas cosas no pasaban antes —exclamó Arthemis.

La señora Gayphord miró risueñamente a su hija.

—Cuando encuentres al hombre de tu vida, te dejarás arrastrar por él adonde quiera llevarte —contestó—. Señor Lane, ¿quiere ofrecerme el brazo para pasar al comedor?

—Será un placer, señora —sonrió el abogado.

—Estás haciendo trampa, mamá —protestó Arthemis—. Antes dijiste que no lo querías conquistar...

Helen Gayphord volvió un poco la cabeza.

—Lo que trato de conquistar es un yerno —respondió desenvueltamente—. Bull, no tengo qué disimular lo que salta a la vista. Mi marido gana dinero y la casa está puesta de acuerdo con nuestra posición. Pero todavía me gusta meterme en la cocina. Dentro de pocos minutos tendrá ocasión de comprobar uno de mis guisos favoritos.

Arthemis elevó los brazos.

—Y yo que había pensado en un almuerzo íntimo, los dos solos, frente a frente...

—Tienes años de sobra por delante, hija —rió Helen Gayphord.

La comida resultó muy agradable. Al terminar, Helen dijo que su marido le había hablado muy bien del invitado.

—Puede que piense que se trata de adularle, pero hace ya tiempo que había mencionado su nombre —manifestó—. Parece ser que le tiene en sus proyectos de ampliación de la empresa, como asesor jurídico.

—Yo tengo mi propio bufete, señora —respondió Lane.

—Todo se podría compaginar... pero ya tratará usted del asunto con mi esposo cuando regrese de Washington.

De pronto, un estirado mayordomo compareció en el comedor, portador del teléfono.

—Llamada para el señor Lane —anunció.

—Gracias —dijo el invitado.

Arthemis le vio ponerse rígido a los pocos segundos. Medio minuto más tarde, Lane devolvía el teléfono al mayordomo.

—Lo siento —dijo—. No puedo continuar la sobremesa.

—¿Noticias graves? —preguntó Arthemis.

—Por lo menos, interesantes.

—Eso significa que tiene que irse.

—Ahora mismo.

—Le acompañaré...

—Hija, tienes que aprender a no estorbar a los hombres en su trabajo —intervino Helen Gayphord.

Lane sonrió al inclinarse sobre la mano de la anfitriona.

—Señora, usted debería haber seguido la carrera diplomática —dijo.

Arthemis le acompañó hasta la puerta.

—Cuidado, Sansón —murmuró.

Lane la contempló de pies a cabeza.

—¿Ha cambiado de modo de pensar? —preguntó.

—Estoy pensando en el número mil doscientos setenta y dos —dijo ella.

—¿Qué tiene ese número? —preguntó Lane, sorprendido.

—Será el último de la serie.

Lane sonrió.

—Veremos —contestó evasivamente.

Subió a su coche y arrancó. Agitó una mano. Arthemis hizo lo propio.

—Una muchacha encantadora —murmuró Lane—. Pero...

Lo mejor era olvidar a Arthemis, por el momento. Ahora tenía cosas mucho más interesantes en qué pensar.

Nick Thaney se despertó, sobresaltado, cuando notó la presencia de alguien extraño en el dormitorio. Inmediatamente, buscó la pistola bajo la almohada, pero no la encontró.

—La tengo yo. —Sonó una voz alegre.

Thaney se sentó de golpe en la cama.

—No trabajas demasiado —dijo Lane—. Son las tres de la tarde y aún estabas durmiendo.

—Eso no le importará mucho —contestó Thaney hoscamente.

—No, no me importa en absoluto. Yo no he venido aquí a censurar tu vagancia. Lo único que quiero es que me digas dónde vive tu hermanito Billy.

—No lo sé. Trabajamos para distintos...

—¿Distintos patrones?

Thaney se mordió los labios. De pronto, Lane se arrojó sobre él y le tapó la cara con la almohada.

—Te asfixiaré si no hablas —dijo.

Thaney pateó frenéticamente, pero se sentía impotente para resistir las colosales fuerzas de Lane. Al cabo de un minuto, Lane aflojó la almohada.

—Se... se lo diré... —jadeó el hampón.

—Eso está muy bien —dijo Lane momentos más tarde, cuando supo el domicilio de Billy Thaney—. Pero voy a asegurarme de que no le llamas. Y, además, si me has engañado, podré volver a machacarte todos los huesos.

Un cuarto de hora más tarde, Thaney yacía sobre el lecho, convertido en un salchichón humano, atado con tiras hechas de las sábanas de su cama. Otra tira le tapaba la boca y, a fin de que no pudiera levantarse y acudir al teléfono, Lane le sujetó también a los barrotes de la cama.

—Sí me has engañado, volveré a tostarte los pies, hasta que sueltes la verdad —se despidió.

El hermano de Thaney vivía en el lado opuesto de la ciudad. Lane entró en el edificio y preguntó al conserje por la persona a quien buscaba, acompañando la consulta con unos billetes. El conserje declaró que Billy seguía en su departamento.

—Llegó anoche, y todavía no ha salido —declaró.

Lane asintió. El edificio era un bloque de apartamentos de alquiler. Un par de billetes más convencieron al conserje para prestar la llave maestra. Lane le aseguró que nadie se enteraría de lo ocurrido.

Entró en el ascensor. Momentos después, abrió la puerta del departamento de Billy Thaney.

Avanzó con cautela. Pronto supo que las precauciones eran innecesarias.

Thaney ya no hablaría.

Estaba frío. Lane lo comprobó al ponerle el dorso de la mano en la mejilla.

Su aspecto era muy feo.

Era el aspecto de una persona con un cordón de seda al cuello. Thaney había pataleado mucho, evidentemente, pero, pillado por sorpresa, sus esfuerzos por librarse del mortífero dogal habían sido vanos.

Puesto que la muerte se había producido horas antes, Lane decidió poner manos a la obra. Sacó del bolsillo un par de guantes de goma, tipo cirujano, procuró recordar dónde había podido apoyar las manos desnudas, borró las huellas y empezó a trabajar.

Encontró algo que le dio escalofríos. Con aquella cizalla, Thaney había cortado la mano a un hombre, para apoderarse del dinero. Tras pensarlo un poco, dejó la herramienta a la vista. Así, la policía sabría quién había sido el autor de la salvajada.

La búsqueda fue tenaz, minuciosa. Mucho después, Lane descubrió algo en el suelo. Era un trocito de tierra, con un pequeño fragmento de hierba. Lo recogió cuidadosamente, guardándolo en un pañuelo. Ya sabía quién le haría un análisis de la muestra hallada... pero tendría antes que procurarse otro poco de tierra y un tallo de hierba.

Allí ya no tenía nada que hacer. Cerró la puerta y, en el ascensor, se quitó los guantes. Devolvió la llave al portero.

—¿Ha tenido alguna visita el señor Thaney durante el día?

El conserje trató de forzar la memoria.

—Era un tipo alto, con un enorme bigote y gafas de color...

Lane sonrió.

Sacó otro billete.

—Usted no me ha visto —dijo—. Llame a la policía dentro de diez minutos. Han estrangulado a Billy Thaney.

El conserje abrió la boca, estupefacto.

—Ya estaba frío cuando yo llegué —se despidió Lane.

Durante casi veinticuatro horas, Arthemis trató de entrar en contacto con Lane. Al fin, consiguió respuesta a sus llamadas.

—¿Se había ido al Polo? —preguntó la muchacha.

—No, he estado ocupado —rió él—. ¿Qué plan tiene entre manos?

—Ninguno...

—Entonces, prepárese. Pasaré por su casa dentro de treinta minutos.

—Muy bien.

Arthemis no le hizo esperar. Después de acomodarse en el coche, Lane manifestó que se dirigían a la residencia del enamorado profesor.

—¿Qué es lo que va a decirle? —Quiso saber ella.

—Quiero que me haga un análisis.

Arthemis no insistió en hacer más preguntas. Lo supo todo cuando Lane entregó las muestras a Vandelaert.

—Muestra «A», hallada en el escenario del crimen —dijo—. Muestra «B», tomada en el punto donde se sospecha habita o, al menos, frecuenta el asesino.

—Tú quieres que yo averigüe si tienen la misma procedencia. —Adivinó Vandelaert.

—Exactamente, profesor.

—¿Urgente?

—Urgentísimo.

—Muy bien, me pondré al trabajo en el acto. Ya sabes dónde está el bar; invita a la señorita que te acompaña. —Vandelaert tenía puestas las gafas de leer y la miró por encima—. Está muy flaca —añadió:

—A usted, por lo visto, le gustan las ballenas con el pelo teñido —dijo Arthemis.

—No lo puedo remediar —rió cínicamente el profesor.

Lane prefirió que la señora Dillon les sirviera café. Cuando se quedaron solos, Arthemis preguntó por la procedencia de la segunda muestra de tierra y hierba.

—Howard —respondió Lane escuetamente.

—¿Ha estado en su residencia?

—Sí.

—Habrás roto la verja de nuevo.

—Nadie se ha enterado de que estuve allí.

Ella le miró con expresión intrigada.

—Bull, ¿cómo ha aprendido a hacer algunas cosas sin que nadie se entere? —preguntó.

—Estuve dos años con los *marines*, de ellos, seis meses de entrenamiento para la lucha en ambientes tropicales, en Panamá. Vandelaert estaba también allí, como asesor científico. Una de las cosas que inventó fue un repelente especial para mosquitos y toda clase de insectos, con duración hasta de ocho días, aunque te los pases bajo la lluvia o atraveses los ríos veinte veces al día. En un destacamento así, se aprenden muchas cosas, créame.

—Eso lo explica todo. O casi todo —sonrió Arthemis—. ¿Explica también quién está detrás de estos crímenes?

—El análisis del profesor nos lo dirá.

—Parece ser que el asesino de Billy Thaney llevaba adheridos a los zapatos algo de tierra y hierba.

—Sí, en efecto.

—Pero ¿cómo pudo durar tanto tiempo en el zapato? Tuvo que caminar, se le debió desprender a la fuerza...

—Entró en el coche, ya en la residencia de Howard, y no se apeó hasta la casa de Thaney. La tierra húmeda, si contiene cierta proporción de arcilla, resulta pegajosa. Hay un espacio en el zapato que apenas toca el suelo y menos en el asfalto: el situado entre la suela y el tacón. Pero ese trocito de barro, a la larga, tenía que desprenderse, si no todo, en parte.

—Ya entiendo. De modo que el asesino mató a Thaney porque sabía que éste podía reconocerle.

—Justamente.

De pronto, se oyó la voz del profesor:

—¡Bull!

Lane se acercó a un interfono situado sobre una consola, en la salita.

—Dígame, profesor.

—Esto va para rato —dijo Vandelaert—. Si tienes algo que hacer, puedes marcharte. Llama a la noche.

—Está bien, profesor.

Lane se volvió hacia la muchacha.

—Voy a hacer, primero, una llamada a mi oficina —anunció.

—De acuerdo.

La grabadora de llamadas había recogido un mensaje:

—Soy Howard. Quiero verle cuanto antes, Lane.

El abogado colgó el teléfono.

—Howard quiere hablar conmigo —dijo.

—Resultará una conversación muy interesante —sonrió Arthemis.

—¿Le gustaría estar presente? —consultó él.

—Le sacaría los ojos si me diese de lado.

Lane rió, a la vez que se apoderaba del brazo de la muchacha.

—No permitiré que llegue a semejantes extremos —contestó alegremente.

Y cuando ya estaban a punto de subir al coche, la miró de pies a cabeza.

—Arthemis, a mi usted no me parece flaca —dijo.

Ella le miró con ojos chispeantes.

—Usted tiene mejor gusto que el profesor —contestó.

## CAPÍTULO XI

La verja había sido ya reparada. El cancerbero les abrió sin inconvenientes, aunque en su mirada todavía quedaba algo del temor que había sentido días atrás.

Howard, en persona, salió a recibirles, campechano y acogedor.

—No la esperaba a usted, señorita Gayphord, pero me alegro de que haya venido también —dijo.

—Lo he hecho voluntariamente y no a la fuerza, como usted pretendía conseguir hace algunos días —contestó ella.

—Lo siento —manifestó Howard—. Declaro que envié a dos tipos con escaso sentido de la diplomacia. Ya han sido sancionados adecuadamente.

—No los habrá enterrado bajo la piscina. —Se alarmó Lane.

Howard le miró, sonriente.

—Tiene usted mucho humor —dijo—. Esos dos tipos están ahora encargados de la limpieza de uno de mis locales. Pero sentémonos a la sombra de ese parasol; creo que estaremos más cómodos. ¡Francis, café! —gritó.

—No veo a su secretario —observó Lane.

—Vendrá muy pronto —aseguró Howard—. Señorita Gayphord, me alegro de que haya venido usted, porque así podrá escuchar la proposición que iba a formular al señor Lane, como defensor de sus intereses.

—Muy bien, adelante —invitó Arthemis.

El criado negro trajo el servicio de café. Howard lo alejó con un displicente gesto de la mano.

—Serviré yo —dijo—. ¿Cuántos terrones, señorita?

—Dos —murmuró Arthemis.

—Uno —dijo Lane.

Howard se retrepó en su butaca, con la taza y el platillo en las manos.

—Debo admitir que he jugado sucio para conseguir la fórmula del profesor —dijo, sin más rodeos—. Pero puedo garantizarles que, en ningún momento, he recurrido a los métodos violentos.

—Eso es difícil de creer —exclamó la muchacha.

—Lo sé, pero he declarado la verdad. Lo mismo que su padre, yo pretendo, también, conseguir la fórmula D. T.

—Una fórmula capaz de destruir la Tierra. —Se estremeció Arthemis.

—El profesor estudia actualmente el procedimiento para controlar la acción del disolvente —dijo Howard.

—Creo que entiendo. Limitar su radio de acción. ¿No es eso lo que usted quiere dar a entender?

—Exactamente.

—Bueno, pero mi padre había tratado antes con Vandelaert... Howard sonrió maliciosamente.

—Señorita Gayphord, dígame, ¿cuántas veces no se ha anticipado su padre a los competidores? —preguntó.

—Él nunca ha usado pistoleros —protestó Arthemis, indignada.

—Usted menciona ciertos aspectos de mis negocios que no tienen que ver nada con la fórmula. Y nunca di orden de cometer un solo asesinato. —Howard se encogió de hombros—. Puede que sí, que se considere un delito otorgar «protección» a establecimientos y negociantes, pero, repito, en este asunto he actuado con entera legalidad.

—¿Puede decir eso, cuando envió a Lizzy Beaton para que sonsacara la fórmula al profesor?

Howard miró a la muchacha fijamente.

—¿No estará usted desempeñando el mismo papel junto al señor Lane? —contestó. Arthemis se sofocó.

—Usted me ha tomado por una... una...

Lane extendió una mano.

—Cálmese —aconsejó—. El señor Howard tiene derecho a expresar su opinión, aunque nos hiera. Lo cierto, sin embargo, es que el señor Gayphord iba a pagar ya trescientos mil dólares al profesor, y que el mensajero que llevaba el dinero fue asaltado y brutalmente mutilado, a consecuencia de lo cual falleció poco después.

—Lo siento. Yo no ordené ese asalto. Y si quieren que les diga la

verdad, mi oferta al profesor era de dos millones. En el acto, en una suma disponible instantáneamente en el Banco por él elegido.

—¿Qué contestó el profesor a su propuesta? —inquirió Arthemis.

—Simplemente, ya se había comprometido con su padre de usted, señorita.

—Al menos, en eso se portó decentemente.

—No cabe la menor duda de que es un hombre de palabra. Pero se han producido algunas muertes, y están aquí para saber, o al menos para enterarse, de que en este asunto me he comportado con toda honestidad y que no tengo nada que ver en absoluto con esos asesinatos.

—¿Qué me dice de Lizzy Beaton? —insistió Arthemis.

—Ya sabe lo ocurrido. Admito que no es un procedimiento muy ético... pero Vandelaert bebía los vientos por Lizzy. Estimo que es lógico comprender que yo tratase de aprovecharme de esa circunstancia.

—Ella consiguió la fórmula, pero nosotros llegamos antes —murmuró Lane.

—Lo sé.

—¿Se lo dijo Lizzy?

—Claro. Ahora bien, como la consideré fracasada, la he despedido.

—Ella hizo lo que pudo.

—No. Ya tenía la fórmula. ¿Por qué esperó tanto?

—Tenía que llegar el «Catalina».

—Ni el «Catalina» me pertenece ni los hombres que viajaron con él tienen algo que ver conmigo. A decir verdad, Lizzy tenía que haber entregado la agenda al director del Little Palm Hotel. Es amigo mío, y me habría enviado la libreta por correo. Pero Lizzy prefirió conservarla.

—¿Por qué?

—Alguien le iba a pagar más dinero.

—¿Sabe usted quién es? —preguntó Lane.

Howard asintió lentamente.

—Sí —contestó.

—Diga el nombre —pidió Arthemis, impaciente.

Howard abrió la boca. En el mismo instante, algo llegó silbando

y perforó su frente.

La cabeza de Howard fue violentamente impulsada hacia atrás. Arthemis chilló.

Lane, más práctico, se lanzó a un lado y lanzó a la muchacha fuera del sillón. Pero ya no hubo más disparos.

Howard yacía en el suelo, en una trágica postura. Lane se incorporó.

Miró hacia la tapia. Estaba a unos ochenta metros de distancia.

De súbito, echó a correr a toda velocidad. Pero antes de que llegase a la verja, oyó el rugido de un coche que arrancaba a la máxima potencia de su motor.

Lane se detuvo. Era ya imposible alcanzar al ase sino.

Pero sabía que, tarde o temprano, acabaría por encontrarlo.

Regresó a la explanada. La servidumbre, doncellas, chófer y jardinero, contemplaban, aterrados, el cadáver del dueño de la mansión.

—Llamen a la policía —dijo Lane—. Es todo lo que se puede hacer por este pobre hombre.

Arthemis estaba a un lado, con la cara muy blanca.

—Bull, ¿quién ha sido? —murmuró.

—Una persona muy allegada a Howard. Pero no es el principal culpable, pese a todo —respondió el abogado sombríamente.

Al teniente Ryman se le pusieron los pelos de punta cuando oyó hablar de la fórmula D. T.

—¡Hay que destruir todos los apuntes que existan de ese condenado mejunje! —exclamó.

Lane le pegó una palmadita en el hombro.

—Tranquilízate, hombre —dijo, con acento persuasivo—. Nuestra vieja y detestada Tierra seguirá girando todavía durante milenios, sin que ningún mejunje ideado por la mente humana la convierta en una bola de líquido apestoso.

—Pero tú has dicho...

—Anda, ocúpate del caso. Ya lo sabrás todo dentro de muy poco. Te dejaré todos los honores y... Por cierto, ¿qué hay del encargo que te di?

—Estará listo mañana, me lo han prometido.

—Muy bien. Vámonos, Arthemis.

La muchacha asintió. Los policías merodeaban en torno al

perímetro exterior, buscando huellas. Lane y Artemis subieron al coche del primero.

—Estoy pensando una cosa, Bull —dijo ella, cuando el coche rodaba ya por el sendero que conducía a la salida, con la cabeza reclinada en el respaldo.

—Dígala, sin miedo —sonrió él.

—Usted conoce ya al asesino. Por lo menos, al autor del plan que ha conducido a estas muertes.

—Creo que sí —respondió Lane.

—Diga su nombre, por favor.

—Lo siento.

—¿Por qué? ¿No se fía de mi discreción?

—Es que todavía no estoy seguro del nombre.

—Quiere comprobarlo.

—Sí.

—¿Por qué medio?

—Secreto profesional. Por cierto, ¿qué tal es su padre como patrón?

—No lo sé, nunca he tenido ocasión de probarlo.

—¿Acaso no ha trabajado nunca?

—¡Trabajar! —clamó ella—. Tengo el título de psicóloga diplomada y estuve tres años practicando en un hospital psiquiátrico. Muy lejos de aquí, ciertamente, de modo que nadie me conocía como la hija de Gayphord. Ahora, al regresar, me ofrecieron el puesto de consultor psicológico en una empresa, que no tiene nada que ver con la de mi padre. Estaba pensándolo, cuando empezó el asunto.

—Y cuando acabe, aceptará el empleo.

—Posiblemente, Me ofrecen un buen sueldo, Bull.

—Entonces, acepte.

—Me siento decepcionada.

—¿Por qué?

—Creí que me aconsejaría rechazar la oferta...

—No ha llegado todavía el momento en que yo aconseje a una mujer dedicarse exclusivamente al cuidado de mi persona.

—¿Acaso piensa permanecer soltero el resto de sus días?

—¿Con esta cara? —rió él agriamente—. Al principio, sí, se sienten atraídas. Es la novedad, comprenda... y, además, es preciso

tener en cuenta, sin inmodestia, que soy simpático y atractivo en otros sentidos. Pero hasta eso puede empezar a cansar Arthemis.

—Eso depende de ella también un poco, ¿no cree?

—Por si acaso, prefiero no probar.

Ella se acomodó mejor en su asiento, girando el cuerpo de modo que pudiese contemplarle sin necesidad de volver la cabeza.

—A eso le llamo yo cobardía —dijo.

—Puede —contestó él con aire indiferente.

—El verdadero valor no consiste en hacer algo muy arriesgado, pero que durará poco tiempo, sino en realizar y sostener nuestras convicciones mientras vivamos —declaró Arthemis.

—Filósofa está —rió Lane.

—Algo de eso hay en la psicología que estudié. Pero, de todos modos, estimo que es un tema que no le agrada demasiado.

—Si le he de ser sincero, no.

Arthemis sonrió, mientras volvía a colocarse en posición normal en su asiento y cruzando los brazos sobre el pecho, reclinaba la cabeza en el respaldo.

—Continuaremos discutiendo el tema en mejor ocasión —dijo.

Lane no contestó. En aquellos momentos, pensaba en que debía visitar a cierta persona que había tomado parte activa en los acontecimientos, y que debía de saber más cosas de las que hasta entonces había aparentado.

Le costó bastante dar con ella, pero lo consiguió. Había puesto en juego los conocimientos de todas sus amistades e influencias y, al fin, logró encontrar la residencia actual de Lizzy Beaton.

Entró sin llamar siquiera. Sabía cómo hacerlo, cuando era necesario.

Lizzy estaba en el baño. Oyó el correr del agua y encendió un cigarrillo. El bolso de la rubia estaba sobre una mesita y lo husmeó sin demasiada curiosidad. Pero había una pistolita automática, de pequeño calibre, y le quitó las balas, incluso la de la recámara.

Ella salió del baño, envuelta en una gran toalla, y se quedó parada al verle.

—Usted —exclamó, rabiosa—. Voy a llamar a la policía...

—Bueno, ahí tiene el teléfono. Nos divertiremos todos mucho cuando llegue el teniente Ryman, que es quien investiga la muerte de Howard.

Lizzy palideció.

—Yo no tengo nada que ver con ese crimen —protestó.

—Quizá no de un modo directo, pero está o ha estado en relación con el asesino. —Lane se sentó en un cómodo butacón y cruzó las piernas—. Lizzy, usted es todavía joven y bonita. Pero me temo que no sabe bien la clase de asunto en que se ha metido. Han muerto muchas personas. Usted puede ser la siguiente.

Ella sonrió con expresión despectiva.

—¿Yo? ¡Está loco! Vamos, lárguese de aquí o...

De pronto, abrió el bolso y sacó la pistolita.

—¡Fuera o disparo!

Lane enseñó las balas.

—Está descargada —sonrió.

Lizzy se desconcertó.

—Usted, maldito...

—Los insultos no le servirán de nada ni me harán el menor daño —dijo Lane—. Procure meterse una cosa en la cabeza: usted puede ser el siguiente cadáver.

Pero puede mantener intacto su lindo pellejo, si colabora conmigo.

—¿Me mataría usted?

—No. Ellos. Y usted sabe muy bien que todo lo que le digo es cierto. No tienen compasión de quienes les estorban o pueden delatarles. La muerte de Howard, ¿no es suficiente prueba?

De pronto, Lizzy, súbitamente desanimada, soltó la pistola y se dejó caer sobre una silla.

—Es verdad —admitió—. Ellos me matarían... ¡Pero usted tiene que garantizarme que no iré a la cárcel! ¡Yo no he hecho nada malo!

—Si colabora con la justicia, saldrá bien librada. Es más, puede que ni siquiera sea preciso mencionar su nombre, aunque, en el peor de los casos, yo la defendería ante un tribunal. No soy mal abogado, recuerde.

Lizzy asintió.

—Lo sé —murmuró sordamente—. Él lo dijo más de una vez.

—¿Él? Pronuncie su nombre, por favor.

—Robson Day, el secretario de Howard.

## CAPÍTULO XII

En el correo del día siguiente, Lane recibió un sobre, cuyo contenido examinó con gran atención.

Chasqueó los dedos. Podía decirse que era el último eslabón que completaba la cadena de hechos. Había sido una acción afortunada, al no limitar sus sospechas en una sola dirección. El contenido del sobre que acababa de recibir venía a corroborar, con una respuesta contundente, irrefutable, las sospechas concebidas.

Guardó el papel y se lo echó al bolsillo. Meneó la cabeza. Había algo que hacer y no resultaría agradable, pero no por ello podía eludirlo.

De pronto, llamaron a la puerta.

Era Arthemis. Estaba encantadora con un vestido veraniego y sombrerito de paja, con cinta azul fuerte.

—Hola —sonrió ella—. Hace dos días que no tengo noticias tuyas. Ni siquiera se ha dignado llamarme.

—Tenía trabajo —se disculpó él.

—¿Suele ser muy frecuente que el trabajo absorba tanto su tiempo, que no le deje ni cinco minutos para llamar a las amistades? Si estuviese casado, ¿qué le habría dicho a su esposa?

—Ella hubiera comprendido, Arthemis.

La joven sonrió.

—Una esposa tiene que ser comprensiva, en efecto —convino—. ¿Adónde va ahora?

—Tengo que hacer una visita —respondió él.

—¿Es una visita a solas o puedo acompañarle?

—Si tanto empeño tiene...

Arthemis tiró de su brazo.

—Mi coche está abajo —manifestó.

Lane se dejó llevar. Ella le vio muy preocupado.

—Parece triste —observó, en el momento de accionar el

arranque.

—Sí.

—¿Puedo conocer los motivos?

—Espere un poco, se lo ruego.

—Muy bien. ¿Cuál es el rumbo?

—Residencia de Vandelaert.

—Oh... ¿Le ha dado el análisis de la muestra de tierra y hierba?

—Ahora voy a pedírselo.

Arthemis, prudente, calló. De pronto, se sintió invadida por un extraño presentimiento. La tristeza y la preocupación que se reflejaban en el rostro de Lane se debían, sin duda, a alguna grave decepción que había sufrido. Ella creyó comprender que alguien había defraudado al joven.

Si resultaba lo que ella pensaba en aquellos momentos, Lane tenía razón al sentirse profundamente decepcionado.

Poco después, llamaban a la puerta de la residencia del profesor.

La señora Dillon abrió y sonrió al verles.

—El profesor está en su laboratorio —dijo—. Voy a anunciarle su visita.

Lane asintió. Todavía permanecía callado. Artemis no se atrevía a interrumpir su silencio con preguntas enojosas o inoportunas.

Vandelaert apareció a poco, con la sonrisa en los labios.

—Hola, muchacho. ¿Qué tal, señorita Gayphord? —saludó jovialmente—. Bull, ya tengo el resultado del análisis que me encomendaste.

—Estupendo, profesor —dijo Lane.

—Era como tú decías. El asesino de Thaney salió de casa de Howard. El rastro que encontraste en casa de Thaney coincide en todo con la muestra que tomaste en el jardín de Howard. Pero eso, ¿qué prueba? Simplemente, el asesinato fue cometido por alguno de sus esbirros, aunque vete a saber cuál puede ser. ¡Tiene tantos!

Arthemis observó que en el rostro de Lane no se había producido ningún cambio de expresión.

—Profesor, siento mucho contradecirle, pero la muestra que le entregué procede del jardín de mi casa —dijo Lane sensacionalmente—. En cambio, el rastro auténtico y la muestra que entregué para su análisis en el laboratorio de la policía proceden de

este jardín. Del de su casa, exactamente.

Arthemis oyó aquellas palabras, lo comprendió todo y se quedó sin aliento.

Vandelaert había perdido el habla.

Al cabo de unos segundos, Vandelaert reaccionó.

—Muchacho, tú no puedes hablar en serio —dijo.

—En todo lo que le he dicho, no hay en absoluto la menor sombra de una broma. Porque, además, ¿cómo puede usted afirmar que el rastro de tierra y hierba procedía del jardín de Howard, si yo no había mencionado nada al respecto? Ciertamente, era lo que yo suponía en un principio... y si usted ha dicho Howard fue porque lo oyó a través del interfono, después de que nos dejó solos a Artemis y a mi para empezar sus análisis. El interfono estaba abierto y oyó toda nuestra conversación.

Vandelaert se dejó caer sobre una silla.

—Eres endiabladamente listo, Bull —murmuró—. ¿Cómo diablos llegaste a esta conclusión?

—Se lo diré luego. Antes, contésteme usted, por favor, ¿mató a Thaney?

—Tuve que hacerlo, muchacho. Se había vuelto demasiado exigente. Pero en todas las demás muertes, no tuve intervención directa...

—Aunque, en cierto modo, las aprobaba.

El profesor se encogió de hombros.

—Había que seguir matando, matando... O nos hubieran descubierto —contestó desanimadamente.

—Es lo que suele pasar en estos casos. Se comete un crimen, y es preciso taparlo con otro, y éste con otra muerte... Nunca se para ya, profesor.

—Pero ¿por qué lo hizo? —preguntó Artemis, fascinada y horrorizada a un tiempo.

—Es bien sencillo. Después de que él consiguió los trescientos mil dólares, llegó Howard y ofreció dos millones. Vandelaert se dio cuenta de que había hecho un mal negocio. Day le visitó y le propuso el robo del dinero, cosa que Vandelaert aceptó. Lo que el profesor no sabía, sin embargo, es que el mensajero moriría de una forma espantosa. Pero después ya no podía echarse atrás.

—¿Y el dinero? ¿Por qué exigirlo en billetes?

—Probablemente, quería sacarlos del país. Lizzy Beaton estaba ya en danza, impulsada por Howard, para ablandar a Vandelaert. Los dos se hubieran ido fuera una temporada, pero las cosas empezaron a complicarse y a torcerse cuando usted vino a buscarme y yo intervine en el asunto. Entonces empezaron las llamadas y amenazas... y la muerte de Brookes, que también quería hacer el negocio por su cuenta.

—¡Brookes me traicionó! —protestó Vandelaert enérgicamente.

—Claro, eso no lo he dudado nunca. Pero su asesino tuvo la mala suerte de cruzarse conmigo cuando salía de su casa, después de matarlo, y ahí empezó todo el asunto. A Larys le pagaron con billetes procedentes del robo: le encontramos algunos nuevos, y seguí su rastro, por medio de la numeración. Todos ellos procedían de los trescientos mil que debía recibir el profesor, y que fueron robados al mensajero del señor Gayphord.

—¿Por qué se me ocurriría encomendarte buscar a Brookes? —se lamentó el científico.

—Bueno, usted creía que yo me limitaría a encontrarle y recobrar los apuntes, pero en aquel momento ignoraba que su muerte estaba ya decretada. A partir de entonces, no pudo zafarse del compromiso en que se había metido, y tuvo que continuar adelante. Incluso con Lizzy al lado.

—Ella trabajaba para Howard.

—Sólo aparentemente. En Little Palm Key dio las respuestas esperadas por todos. Anteayer me dijo la verdad. Howard no mentía cuando declaró que él no era el dueño del hidroavión hundido. Tanto ella como Keynell, como el tipo a quien yo maté de una pedrada, trabajaban para otra persona, simulando actuar en nombre de Howard. Profesor, usted ya no les servía para nada; por eso le iban a matar allí.

—Podían haberme matado aquí, ¿no crees?

—La cosa hubiera resultado muy distinta. Tenía que morir en la isla o... quizá más adelante, pero no en estos momentos. Sobre todo, cuando Howard, que también había averiguado muchas cosas, estaba dispuesto a llegar a un acuerdo, porque no quería cargar con unos crímenes en los que no había tenido la menor parte. Pero el mismo que ordenó a Lizzy sacarle a usted la fórmula en Little Palm Key, asesinó a Howard en su residencia de South Promontory, con

un fusil similar al que yo quité a Larys.

Vandelaert asintió, con lentos movimientos de cabeza. Arthemis observó que estaba completamente desmoralizado.

—Pero ¿cómo diablos sospechaste de mí? —preguntó el profesor de pronto.

—Bueno, usted me hizo una prueba de su disolvente. Debo reconocer que me sentí aterrado, cuando vi la acción de aquella sustancia en el cajón lleno de tierra. Pero ¿qué pasó después con el líquido resultante?

Vandelaert apretó los labios Arthemis miró a Lane, muy intrigada.

—¿Qué pasó, Bull? —preguntó.

—Simplemente, lo arrojé por el sumidero del laboratorio, abriendo el grifo de agua para que no quedase el menor rastro. Ese disolvente es muy poderoso, ciertamente, pero su acción tiene un límite, y la disgregación molecular, si es que se puede llamar así, cesa al cabo de un tiempo muy breve. En la fórmula D. T., lo que menos interesa es la sustancia disolvente, a pesar de su gran importancia.

—No lo entiendo, Bull —dijo la joven.

—En las operaciones militares, muchas veces se realizan las llamadas acciones de diversión. Es decir, simular ataques a una posición, para obligar al enemigo a concentrar allí el grueso de sus fuerzas y dejar el frente más débil en otros puntos, que es por dónde se ejecuta el verdadero ataque. Aquí, nuestra atención estaba centrada en el disolvente, pero lo auténticamente importante de la fórmula es el material de la caja que contenía la tierra del experimento. ¡Ahí reside toda la importancia del descubrimiento!

Arthemis se llevó una mano a la boca, enormemente sorprendida por aquellas palabras.

—Una aleación, si así puede llamarse, de acero y vidrio, con una nueva estructura molecular, ligera, sólida, resistente a altísimas temperaturas, insensible a los corrosivos más fuertes... Es todo un descubrimiento —concluyó Lane.

—Del cual por cierto, usted no va a disfrutar —dijo Day, surgiendo repentinamente del laboratorio, con una pistola en la mano.

Arthemis lanzó un chillido de espanto. Vandelaert se puso en

pie.

—¡No, Robson! ¡Basta de crímenes! —gritó, a la vez que avanzaba hacia el individuo.

Day hizo fuego. Vandelaert gruñó algo y se desplomó hacia adelante. El asesino quiso apartarse, pero no lo consiguió del todo. Y antes de que pudiera rehacerse, Lane saltó sobre él, le arrancó la pistola de la mano y luego, alzándolo en peso, lo disparó a través de la ventana.

El teniente Ryman saltó a un lado, para evitar ser atropellado por aquel obús humano. Day rodó por el suelo y se quedó quieto, gimiendo sordamente.

—¡Eso se avisa, Bull! —gritó el policía, mientras dos de sus agentes se ocupaban del asesino.

Lane no contestó. Estaba arrodillado junto al profesor, pero muy pronto apreció que Day había disparado certeramente.

Lentamente, se puso en pie. Sacó algo del bolsillo y se lo entregó al policía.

—Habrás grabado la conversación, supongo —dijo.

Ryman asintió.

—Vete tranquilo —indicó.

Lane se apoderó de una mano. Era la de Arthemis. Después de todo lo que había visto, la joven se sintió muy contenta al notar aquel contacto.

Momentos después, se alejaban de la casa.

—Tengo que hacerte una pregunta, Bull —dijo ella.

—¿Sí?

—¿Cómo supiste que el disolvente tenía una acción limitada?

—No me marché inmediatamente. El profesor se quedó en el laboratorio. Yo me sentía muy intrigado. Me asomé con todo cuidado y vi que vaciaba el contenido de la caja en el sumidero, con el grifo del agua al máximo. Entonces, empecé a pensar en una estafa, en algo menos potente que lo que él decía... y luego un buen amigo, químico de nota, me dijo que lo importante era el material de la caja sin desdeñar, ciertamente, la importancia del disolvente. Pero la aleación de acero y vidrio es realmente todo un descubrimiento.

—Ya comprendo. Bull, siento tu decepción. Apreciabas mucho al profesor, ¿no es verdad?

—Sí. Duele bastante cuando un buen amigo se desvía del camino recto.

—Al menos purgó sus errores, defendiéndonos —dijo ella.

Lane recostó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos unos minutos. Artemis respetó su silencio.

Al cabo de un rato, Lane abrió los ojos y miró a su alrededor.

—Eh, éste no es el camino de la ciudad —exclamó.

—No —contestó ella.

—¿Adónde vamos, si se puede saber?

—Se puede. Tengo en el maletero una bolsa con toallas y dos trajes de baño. Hace mi día espléndido y conozco una playa solitaria donde podremos pasar unas horas maravillosas. Además, llevo una cesta con bocadillos, café, cerveza fría...

—¿Cómo se te ocurrió la idea? —preguntó él.

—Bueno, pensé que a un hombre con exceso de trabajo no le sentarían mal unas horas de descanso. Lo que sucede es que no me imaginé lo que iba a ocurrir... pero creo que es hora ya de empezar a pensar en nosotros mismos.

—¿Sí?

—Me parece que, por ahora, no voy a aceptar el empleo que me ofrecieron —dijo ella.

—¿Por qué?

—Voy a casarme. Al menos, en los primeros años, quiero dedicar todo mi tiempo a mi esposo.

—¿Conozco yo a ese individuo?

—Te mira todas las mañanas, cuando te afeitas.

Lane se irguió en el asiento. Ella, riendo, añadió:

—A través del espejo, naturalmente.

—Oh —dijo él—. ¿Cómo? ¿Quieres casarte conmigo? —exclamó.

—Señor Lane, soy el número mil doscientos setenta y dos. Y no habrá número mil doscientos setenta y tres, puedo asegurárselo.

—Entonces, demuéstalo.

—¿Cómo...?

—Para el coche.

Ella obedeció. De pronto, se sintió envuelta por dos fuertes brazos. Una boca buscó ávidamente la suya. Ella correspondió con cálido apasionamiento.

—Aquí se acaba la historia —dijo Artemis, pasados unos

minutos.

—¿Qué historia? —preguntó él.

—La de tus conquistas, tonto. Yo soy el final de la serie, ¿comprendes?

Lane sonrió.

—El mejor final que podía esperar —dijo.

FIN



**DESDE AHORA**  
**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**  
publica en calidad de  
**NOVEDAD EXCLUSIVA**

en sus series  
**CENTAURO y**  
**OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones  
de las obras de  
**M. L. ESTEFANIA**

el autor mundialmente famoso  
que a través de sus relatos  
llenos de fuerza y colorido,  
ha sabido prestar nueva vida  
a los esforzados personajes  
que forjaron la leyenda del  
viejo y salvaje Oeste.



**APARICION SEMANAL**  
**ASEGURE LA RESERVA**  
**DE SU EJEMPLAR**

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

**PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.**

